

El Pequeño Vampiro

y la gran conspiración



ANGELA SOMMER-BODENBURG



Anton sospecha que el prometido de Tía Odrote esconde un misterio que puede ser terrible para el clan de los vampiros. Quizá se trate de una conspiración, pues el extraño doctor Gans inspira muy poca confianza. El peligro se acerca. Anton necesita descubrir enseguida si detrás de todo este asunto han comenzado a actuar los despiadados cazadores de vampiros.



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro y la gran conspiración

El pequeño vampiro - 13

ePub r1.0
Eibisi 19.07.14

Título original: *Der kleine Vampir und der die große verschwörung*

Angela Sommer-Bodenburg, 1989

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1992

Ilustraciones: Magdalene Hanke-Basfeld

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.1



Este libro es para Burghardt Bodenbug, que evita cualquier sorpresa desagradable con la fuerza de un vampiro, pero que por eso se ha roto sus dientes de vampiro y ahora le tienen que poner unos nuevos (el dentista); para Katja y para todas las lectoras y lectores a los que les gusta enseñar los dientes a los demás de vez en cuando.

Angela Sommer-Bodenburg

Mucho tajo

Anton acababa de ponerse cómodo en la cama y de abrir *La dama de la mirada de plata. Historias de vampiros para expertos*, cuando llamaron suave y cautelosamente a su ventana. Anton se incorporó de un salto. Sólo había un vampiro que llamara con tanta discreción: ¡Anna!

Echó a un lado las cortinas y, efectivamente, en el poyete de la ventana estaba Anna.

Abrió rapidísimamente la ventana.

Anna entró en la habitación, acompañada por una nube de «Muftí Amor Eterno».

—¡Buenas noches, Anton! —dijo mirándole con una tierna sonrisa.

Al sonreírle Anton vio sus dientes delanteros, inmaculadamente blancos..., y sus colmillos, que ya eran bastante poderosos...

Le entraron escalofríos.

—Hola, Anna —murmuró apocado.

—¿No me esperabas? —le preguntó ella con un ligero tono de reproche en la voz.

—Sss, sí —tartamudeó—. Sólo que..., sólo que no tan pronto —dijo carraspeando—. Espero que no te hayan visto mis padres.

—¿Tus padres? —preguntó Anna mirando hacia la puerta.

—No están —dijo Anton—. Están dando un paseo nocturno.



—¿Un paseo nocturno? ¡Qué romántico! —dijo Anna riéndose suavemente—. ¡Si esta noche no tuviéramos tú y yo tantas cosas que hacer, también podríamos dar un paseo nocturno!

—¿Tenemos muchas cosas que hacer? —preguntó Anton con un ligero malestar.

—Sí. ¡Mucho tajo! —dijo ella tapándose la boca con la mano y reprimiendo una risita. Anton se asustó. Tajo..., eso sonaba a sangre.

Anna, sin embargo, le tranquilizó:

—¡Llamar por teléfono, espiar y cavilar a destajo!

—Ah, bueno —dijo Anton suspirando aliviado—. Quieres llamar por teléfono a Johann Holzrock.

Anna asistió halagada.

—¡Veo que ayer pusiste mucha atención cuando pronuncié mi gran discurso ante el Consejo de

Familia! Sí, quiero enterarme de lo del ataúd de Igno Rante... y de qué significa «Modelo 1 a».

—No te hace ninguna falta —saltó Anton—. Eso te lo puedo decir yo mismo.

—¿Tú? —dijo Anna, pero sin alegrarse en absoluto, así que Anton se arrepintió de haber sido tan locuaz y tosió cortado.

—Es que yo..., esta mañana he mirado en la guía telefónica —intentó justificarse—. Sí, y lo encontré. Ponía: «Johann Holzrock, Mobiliario Fúnebre, Avenida del Cementerio, 89»... y el número de teléfono, claro. Y entonces llamé.

Anna le fulminó con la mirada.

—¡Eso es una faena! Anoche escuchaste con tus propios oídos que el Consejo de Familia me encargó a mí que averiguara lo que pasa con el ataúd de Igno Rante. Hasta Lumpi dijo que sería injusto que él hiciera las investigaciones habiendo sido yo quien descubrió la placa de latón de Johann Holzrock en el ataúd de Igno Rante.

—Creí que estarías de acuerdo —dijo apocado Anton—. Y, además, yo tengo muchos menos problemas que tú para llamar por teléfono —añadió.

—¡Precisamente por eso! —bufó Anna—. ¡Por eso es el doble de injusto!

Anton se calló afectado. Sin quererlo parecía que aquel día todo lo hacía mal...

Pero entonces tuvo una idea:

—Es que el carpintero de ataúdes, Johann Holzrock..., cierra por las noches. Ahora ya nadie te cogería el teléfono.

—¿Cierra?

—Sí, cierra su negocio a las seis y después de esa hora sólo está el contestador automático.

—¿El contestador automático? —preguntó Anna encogiéndose de hombros—. ¡Bueno, pues entonces hubiera hablado con él!

Anton reprimió una risa burlona.

—Pero creo que él no hubiera hablado contigo.

¡Sobre todo si —como Anton suponía— no tenía ningún contestador automático!

—¿Y por qué no iba a haber hablado conmigo? —preguntó con desconfianza Anna.

—Porque sólo puede grabar conversaciones —dijo Anton—. Es una cosa parecida a una grabadora.

—¿A una grabadora?

—Sí. El que llama debe dejar un mensaje grabado, Johann Holzrock lo escucha a la mañana siguiente y entonces llama él.

—¿Llama él? —dijo sobresaltada Anna—. ¡Pero si yo no tengo teléfono!... Y por las mañanas tampoco puedo...

—¡Pues precisamente por eso me he encargado yo de hablar con él por teléfono! —declaró Anton.

—Ah, vaya —murmuró Anna—. Y yo que creía que...

—Que yo quería entrometerme, ¿no?

—Sí. Y que habías llamado por Olga... ¡para impresionarla!

—¿Por Olga?

Anton estuvo a punto de echarse a reír.

—¡Seguro que ella ya ha vuelto a venir aquí un par de veces! —observó Anna recorriendo la habitación con la mirada como si estuviera buscando alguna huella que confirmara su sospecha.

—¡No! —repuso enérgicamente Anton—. Desde que ha regresado Olga no ha estado más que una sola vez en mi habitación: hace dos días.

Y desde entonces no ha vuelto.

—¡Esperemos que siga siendo así! —exclamó Anna suspirando.

Por ejemplo, para... vampiros

—¿Y qué es lo que has descubierto sobre el mueble funerario Modelo 1 a? —preguntó ella tras una pausa.

—Bueno, pues... —empezó a decir Anton—. Llamé por teléfono a Johann Holzrock y dije que tenía que hacer una exposición en el colegio.

—¿Una deposición? —repitió irritada Anna.

—¡No! —contestó Anton, al que le costó trabajo seguir serio—. Una exposición, una conferencia..., sobre el tema: «¿Qué me gustaría ser de mayor?».

—Ah... —dijo Anna, y se le puso la cara muy colorada.

¡A Anton, sin embargo, le pareció que no era ninguna deshonra que ella no estuviera muy enterada de los métodos modernos de dar clase!

—Le he contado a Johann Holzrock —continuó Anton— que quizá de mayor me gustaría ser ebanista de ataúdes y que, por eso, quería hacerle algunas preguntas.

—Ebanista de ataúdes... ¡qué idea más buena!

—Me parece que se sintió muy halagado de que alguien se interesara por su profesión —dijo Anton riéndose burlescamente al recordar la conversación que había mantenido por teléfono.

—¿Y entonces él qué dijo? —le instó Anna.

—Primero le pregunté por el Modelo 1 a y averigüé qué es lo que se podría denominar un arcón. Y, además, que es un ataúd con un precio muy asequible. Y «1 a» significa que es el primer modelo que ha diseñado el propio Johann Holzrock.

—¿El primero de todos? ¿Es que entonces es ebanista de ataúdes desde hace muy poco?

—¡Efectivamente! —confirmó Anton—. Esa fue la siguiente pregunta que le hice. No lleva más que un año en el negocio. Y, dicho sea de paso, él piensa que debe decirse «muebles funerarios», porque...

Anton se interrumpió por miedo a que Anna se ofendiera.

Ella, sin embargo, le preguntó impaciente:

—¿Porque qué?

—Bueno... —dijo carraspeando—, pues porque lo de «ataúdes» le parece espantoso, mientras que «muebles funerarios», según él, suena moderno, sano, limpio e higiénico.

—¿Sano, limpio e higiénico? —dijo Anna riéndose desdeñosa—. ¡Qué ironía! Cada vez que pienso en el ataúd de Igno Rante me pongo enferma... ¡Está lleno de resina, completamente pegajoso y tiene un olor corrosivo!

—¡Efectivamente! —le dio la razón Anton—. Y por eso resulta sospechosísimo que Igno Rante se haya comprado precisamente ese Modelo 1 a.

—Sólo hay dos explicaciones posibles —opinó Anna—. O tiene el gusto totalmente atrofiado...

¡A Anton se le pasó por la cabeza que, en cierta forma, eso respondía bastante a la realidad! ¡Después de todo, Igno Rante había ido a enamorarse precisamente de Tía Dorothee y quería

incluso «vivir» con ella a prueba en la Cripta Schlotterstein!

—... o es que es terriblemente tacaño —terminó la frase Anna.

—¿Tacaño? ¿Lo dices por haber comprado un ataúd barato?

—Sí. Ningún vampiro que se precie se conformaría con un ataúd así... ¡a menos que sea horriblemente tacaño! Imagínate qué pinta tiene un ataúd de madera de pino después de cincuenta años..., si es que no se ha destrozado ya mucho antes. No, un ataúd de vampiro debe estar hecho de la mejor madera para que pueda durar siglos y siglos como nuestros ataúdes Von Schlotterstein: ¡son de la más fina madera de encina de pantano transilvana!

—¿De verdad? —dijo Anton pensando en los nueve ataúdes de vampiro de la Cripta Schlotterstein. ¡Nunca habría creído posible que fueran de una madera especialmente valiosa!—. Quizá sólo sea un ataúd a prueba —opinó—. ¡Para el matrimonio a prueba!

Anna sacudió enérgicamente la cabeza.

—Nosotros los vampiros no tenemos ataúdes a prueba. ¡No, Igno Rante tiene que ser en verdad enfermizamente tacaño!

—Pues a mí hasta ahora no me había parecido, ni mucho menos, tan tacaño —observó Anton—. Fíjate qué de vestidos te ha regalado a ti...

Anna sonrió tímidamente.

—No, con los vestidos no.

—Por cierto —dijo Anton—, le pregunté a Johann Holzrock si por casualidad no había tenido un cliente que se llamara Igno Rante.

—¿Y qué te dijo?

—Que no le conocía. Que a menudo había tratado con ignorantes que no sabían apreciar sus baratos ataúdes, pero que nunca había conocido a ningún Igno Rante.

—No me extraña —contestó Anna—. Ningún vampiro compraría un ataúd dando su verdadero nombre.

—Sí, es verdad —dijo Anton. ¡Y él que había creído haber descubierto algo importante!...

—En lugar de eso deberías haberle preguntado si también trabaja para clientes poco comunes —dijo Anna—. Por ejemplo, para... ¡vampiros!

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... ¡yo creía que vosotros erais partidarios de mantener eso en secreto!

—Y sí que lo somos. ¡Pero con esa pregunta no puedes echar absolutamente nada a perder! Probablemente ni siquiera crea en vampiros, como la mayoría de la gente, y entonces solamente se hubiera reído. Sin embargo, si cree en vampiros, a lo mejor te hubieras enterado de algo sobre el ataúd de Igno Rante. Cuándo lo fabricó Johann Holzrock, si lo entregó él mismo en Villa Vistaclara y demás y demás.

—Hummm, sí —dijo Anton. ¡Cómo no se le habría ocurrido a él!—. Yo... ¡volveré a llamarle mañana temprano!

—Y ahora deberíamos irnos volando —declaró Anna.

—¿Irnos volando?

—Sí, a espiar a Tía Dorothee y a Igno Rante.

—Ejem... —murmuró Anton, al que lo de acechar a Tía Dorothee no le parecía demasiado tentador que digamos—. Mis padres van a volver en seguida. Y si no me encuentran en mi habitación...

—Pues déjales una nota —le propuso Anna— diciendo que tú también te has ido a dar un paseo nocturno. No, mejor un paseo a la luz de la luna.

—Eso no puede ser: tengo varicela.

—¿Varicela? ¿Dónde? —preguntó Anna observándole con las cejas levantadas.

Anton se pasó la mano por la barbilla y dijo:

—Estas costras secas de aquí. Mis padres dicen que todavía podrían ser contagiosas.

—¿Contagiosas? —preguntó Anna arrugando el morro—. ¡Ojalá! ¡Llevo semana y media deseando cogerla yo también de una vez!

—Probablemente es que ya pasaste la varicela en Transilvania —dijo Anton.

—No, si la hubiera pasado lo sabría.

—¡O a lo mejor es que, por principio, los vampiros no pueden coger la varicela!

Nada más decirlo Anton se indignó consigo mismo por haber hecho aquella observación con tan poco tacto.

Anna le lanzó una gélida mirada y bufó:

—Aunque así fuera: ¡yo quiero que me salgan esos preciosos puntitos rojos que tú tenías al principio! ¡Ahora pareces más bien una manzana frita pasada!

—¿Yo? ¿Una manzana frita pasada? —se hizo el ofendido Anton. ¡Aquella era la venganza de Anna por su falta de tacto!

Ella se rio entre dientes.

—Sí —dijo subiéndose ágilmente al poyete de la ventana—. Volveré luego —anunció, y con una sonrisa de despedida salió de allí planeando.

Johann Holzrock, Muebles Funerarios

Pero Anna no volvió. Hasta poco antes de las doce Anton consiguió mantenerse despierto a base de leer y de escuchar música, pero luego le entró tanto sueño que tuvo que acurrucarse bajo las mantas y apagar la luz.

Aquella noche soñó con ataúdes..., con ataúdes tan grandes como camiones, que en la matrícula llevaban la inscripción: «Johann Holzrock, Muebles Funerarios, Modelo 1 a».

Cuando se despertó a la mañana siguiente aún tenía viva ante sus ojos la imagen de aquellos gigantescos ataúdes, y de repente a Anton le entró la tentación no sólo de hablar por teléfono con Johann Holzrock, sino de irse a la carpintería a ver con sus propios ojos los diferentes tipos de ataúdes.

Sin embargo, una recelosa mirada al despertador le hizo ver a Anton que para un proyecto como aquél había dormido realmente demasiado: ya sólo quedaban dos horas para que su madre volviera de la escuela...

¡Bueno, pues entonces tendría que darse prisa!

Anton se vistió, cogió un cuaderno vacío y un lápiz y sin pararse a desayunar abandonó la vivienda. Recogió su bicicleta del sótano y se puso en marcha. Le traía completamente sin cuidado si la señora Miesmann le estaba viendo o no... Al fin y al cabo, sus padres le habían dado permiso para salir a tomar el aire siempre que se mantuviera alejado de otros niños. ¡Y seguro que Johann Holzrock hacía ya mucho tiempo que había dejado de ser un niño!

Anton se dirigió directamente al cementerio. Se apeó delante del portón de la entrada y siguió, empujando la bici. Como él muy bien sabía de anteriores visitas al cementerio, la «Avenida del Cementerio» iba recorriendo el perímetro del cementerio. En la acera derecha, según la dirección en la que iba Anton, se elevaba el muro del cementerio, pintado de blanco; en la acera izquierda había casas pequeñas y medianas en las que había distintos negocios: floristerías, tiendas de jardinería, funerarias y..., sí, carpinterías de ataúdes.

Empujando su bicicleta, Anton pasó por tres carpinterías; ya casi al final de la Avenida del Cementerio llegó a una casa insignificante y gris, de cuya fachada colgaba un letrero que parecía muy nuevo.

«Johann Holzrock, Muebles Funerarios de Fabricación Propia», leyó Anton. Pegado a la casa había una especie de garaje (¡seguro que era el taller!). A través de las ventanas, increíblemente llenas de polvo, pudo apenas ver algunas tablas.

Todavía estaba dudando si debía entrar o no cuando se abrió la puerta del taller y salió un hombre rechoncho, pelirrojo, con el pelo corto y un mostacho.

Llevaba puesto un mono polvoriento. Anton calculó que tendría entre cuarenta y cincuenta años. Al parecer, el hombre iba a una camioneta de reparto de color gris que estaba aparcada delante de la casa, pero su mirada se tropezó con Anton.

—¿Venías a verme? —le preguntó visiblemente sorprendido.

Anton tosió.

—Yo..., soy el chico de la exposición en clase.

—Ah, vaya.

El gesto de Johann Holzrock (a juzgar por la voz era él) se animó.

—¡Pero acércate, hombre! —dijo—. Ahora mismo me iba a marchar, pero, naturalmente, para ti sí tengo tiempo. ¡Hay que cuidar a las nuevas generaciones de esta profesión!

Anton apoyó su bicicleta en la pared de la casa y cogió el cuaderno del portaequipajes.

—Sí que vienes bien preparado —le elogió Johann Holzrock—. Te han dado permiso en la escuela, ¿eh?

—¿Permiso en la escuela? No exactamente —dijo Anton vacilando—. ¿Ha tenido ya la varicela?

—Sí, cuando estaba en el jardín de infancia —respondió el ebanista de ataúdes riéndose—. ¿Es que tienes tú varicela acaso? ¡Si parece que estás completamente normal!...



—Me estoy curando —dijo Anton—. Pero la varicela me viene muy bien para la exposición —dijo luego astutamente—. Ahora, por lo menos, tengo tiempo para informarme a fondo sobre mi profesión favorita.

Mirando a la puerta siguió diciendo:

—Si no tiene inconveniente, me gustaría echarle un vistazo a su taller. Es que sería importante poderme hacer una idea exacta sobre los distintos tipos de ataúdes..., eh..., quiero decir..., sobre los distintos tipos de muebles funerarios.

—¿Los distintos tipos? ¡Me temo que ahí no te voy a poder ayudar!

—¿No?

—No. De momento sólo tengo disponible I el Modelo 1 a —declaró Johann Holzrock—. Pero puedes examinar el Modelo 1 a todo lo que tú quieras —añadió cuando vio la cara de decepción de Anton—. Siempre que no tengas ningún reparo en llenarte la ropa de polvo.

—No me importa nada el polvo —aseguró Anton..., demasiado pronto, como pudo comprobar en seguida.

—Un futuro ebanista debe acostumbrarse pronto al polvo y a las virutas de la madera —dijo Johann Holzrock dándole la razón.

Abrió con mucha fuerza la puerta del taller y entró. Anton le siguió... y le dio un terrible ataque de tos. Con la ráfaga de aire se había arremolinado el fino serrín y en la sala se había formado una densa nube. Pareció que pasaban varios minutos hasta que el polvo se volvió a asentar y Anton pudo, hasta cierto punto, ver dónde se encontraba.

Un cuento de terror moderno

Lo primero que pudo ver fue un banco de carpintero que había en el centro del taller. Luego su mirada fue a parar a los grandes ataúdes marrones que estaban de pie apoyados en la pared. A pesar de la gruesa capa de polvo, Anton comprobó que eran los mismos modelos que el del ataúd de Igno Rante que él había examinado en Villa Vista-clara.

Notó cómo el corazón le latía rápidamente y con fuerza y ni siquiera él sabía por qué. ¡Al fin y al cabo, para él lo de ver ataúdes no era nada nuevo! Pero quizá fuera la sensación de acercarse un paso más al secreto de Igno Rante...

Por lo demás, el taller no ofrecía nada emocionante: había escofinas, limas, serruchos, martillos, una sierra circular, botes de pintura, cazos, pinceles..., e incluso una escoba enorme que, de todas formas, parecía que Johann Holzrock la usaba raras veces a juzgar por el suelo, en el que había una capa de virutas de madera de varios centímetros.

Anton tuvo que volver a toser.

—¿Tú crees que ahora podrás escribir mejor tu conferencia? —le preguntó Johann Holzrock.

—¿Mi conferencia? Yo..., tengo todavía algunas preguntas —respondió Anton sacando rápidamente su cuaderno—. Este Modelo 1 a... Usted me dijo por teléfono que es un ataúd de un precio bastante módico.

—Sí, desgraciadamente no hay quien pare la tendencia a comprar ataúdes baratos —contestó Johann Holzrock, haciendo una mueca con una sonrisa de resignación—. Antes la gente tenía en mucha más estima sus ataúdes, ¿sabes? En el campo, por ejemplo, donde yo me crié, la gente se compraba ataúdes preciosos en cuanto ahorraba un poco de dinero. Lo ponía en el desván hasta que se utilizaba. Hoy, sin embargo... —suspiró—. Con mi Modelo 1 a, de todas formas, he intentado encontrar una especie de compromiso.

Johann Holzrock se acercó a uno de los ataúdes y limpió un poco la capa de polvo.

—Por un lado es un mueble funerario muy barato, pero por otro es también una pieza que refleja una buena y antigua tradición en carpintería.

Y acariciando casi con ternura la madera, le preguntó a Anton:

—Dime tú mismo: ¿no tiene mi Modelo 1 a un aspecto muy señorial?

—¿Señorial?

—¡Sí! Como eran antiguamente los ataúdes..., sólo que ya no de madera de encina más cara, sino de pino.

—De madera de encina... —dijo Anton notando cómo le temblaba el lápiz en la mano—. ¿Antiguamente se hacían también ataúdes de... encina de pantano?

—Oh, claro que sí —confirmó Johann Holzrock—, pero eran extraordinariamente caros y resistentes.

Extraordinariamente... ¡Aquella era justo la palabra clave para Anton!

Miró fijamente su cuaderno por si se ponía colorado con la pregunta que iba a hacer ahora:

—¿Tiene usted también, a veces, clientes extraordinarios?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es que... —dijo Anton tosiendo—. Nuestra profesora ha dicho que una exposición no debe ser muy seca y aburrida. Y por eso tenemos que incluir en ella un par de anécdotas de la vida misma.

—Una opinión muy razonable —observó Johann Holzrock—. A mí tampoco me gustan las conferencias aburridas. Sólo que no sé si te voy a poder dar yo esas anécdotas...

—Pero si ocurren cada dos por tres... —dijo con firmeza Anton—. ¡Por ejemplo, si viene un cliente con una pinta extraña, completamente pálido y que huele muy raro!

Al decir aquello miró fijamente a los ojos al ebanista de ataúdes, pero Johann Holzrock no pareció sorprenderse ni inquietarse absolutamente nada.

—¿Con una pinta extraña? —repitió retorciéndose el mostacho—. ¡Anda que si también me tuviera que preocupar de eso! Además —añadió—, la mayoría de las veces los que vienen a verme son los familiares.

Anton se mordió los labios. ¡Ahora tenía que ir a por todas!

—¿Y vampiros? —preguntó—. ¿Alguna vez le ha encargado un vampiro un ataúd..., digo..., un mueble funerario?

—¿Un vampiro? —dijo Johann Holzrock riéndose como si se tratara de un chiste bueno—. No creo.

—¿Significa eso que podría ser que sí? —preguntó Anton con voz chillona debido a la excitación.

—Bueno... —dijo Johann Holzrock, que al parecer seguía creyendo que era una broma—. Nunca se sabe qué hay en el interior de nuestros semejantes. ¡Tú también podrías ser un vampiro!

—Yo seguro que no —repuso Anton con voz firme, rompiéndose a la vez la cabeza para ver cómo podía sacarle a Johann Holzrock las informaciones que necesitaba.

—¿Envía usted siempre los muebles funerarios directamente al cementerio? —preguntó después de reflexionar un poco.

—No, la mayoría de las veces los llevo a las casas —contestó Johann Holzrock.

—¿Y ha hecho usted alguna entrega en alguna vieja y horripilante villa?

—¿En una vieja y horripilante villa? —preguntó Johann Holzrock sonriendo satisfecho—. Poco a poco me está dando la impresión de que tú no tienes que escribir ninguna exposición, sino un cuento, un moderno cuento de terror.

Anton se dio cuenta de que se había puesto colorado. Para que no se le notara lo cortado que estaba tomó rápidamente notas en su cuaderno.

Entonces le oyó decir a Johann Holzrock:

—Pero sí, es verdad, una vez hice una entrega en una vieja y horripilante villa.

Anton aguzó el oído.

—¿En una villa con las puertas y las ventanas condenadas con tablones?

—¿Condenadas con tablones? ¡No! ¡Para tres viejas señoras no hay nada más emocionante que estar todo el día sentadas a la ventana mirando lo que pasa fuera de la casa!

—¿Viven tres damas en la villa?

—Dos —le corrigió Johann Holzrock—, ahora ya sólo quedan dos.

—O sea, que entonces la villa tampoco estará en la Calle del Campo de Deportes, ¿no? —preguntó Anton para asegurarse de que no era Villa Vistaclara.

—No, está justo al otro extremo de la ciudad —contestó Johann Holzrock.

La vida de un ebanista de ataúdes

—Pero por lo que se refiere a tu pregunta de antes —siguió diciendo—, me estoy acordando de otra anécdota para tu exposición. ¡Una anécdota muy propia de la vida de un ebanista de ataúdes!

—¿De un cliente que estaba pálido y olía muy raro? —preguntó Anton costándole mucho reprimir su nerviosismo.

—Pálido sí que estaba —le confirmó Johann Holzrock—, pero no me pareció que oliera raro. Claro que con los olores a pintura y a cola que hay aquí... —dijo haciendo un movimiento de brazos.

—Es verdad —dijo Anton tosiendo.

—Aquel hombre era extraordinariamente ahorrador, por no decir tacaño —le informó Johann Holzrock.

—¿Tacaño?

—¡Vaya que si lo era! Imagínate: no quería los tornillos de su mueble funerario para conseguir una rebaja de 20 marcos.

—¿No quería los tornillos? —se sorprendió Anton—. ¿Es que no hacen falta para cerrar bien el ataúd..., digo..., el mueble funerario?

—Por supuesto que sí, pero él dijo que ya tenía muchos tornillos en su casa. También ha sido hasta ahora el único cliente que me ha dicho que mi Modelo 1 a estaba demasiado subido de precio. ¡Y eso que no encontrarás en toda la ciudad un modelo que tenga un precio aún más módico!

Para demostrar lo mucho que le indignaba aún aquel reproche del cliente, Johann Holzrock pegó un puñetazo en uno de los ataúdes, lo cual provocó que se formara una nueva nube de polvo.

—¡Y eso que es doctor! —añadió furioso.

—¿Doctor? —repitió Anton.

—Sí, era el doctor Gans, de la Universidad. ¡Un hombre de estudios como él debe de ganar un montón de dinero! ¡Y él va y *me* dice que mi Modelo 1 a es muy caro!

—Ese doctor Gans —preguntó con precaución Anton—, ¿qué aspecto tenía?

—Era muy alto y más delgado que un fideo —respondió malhumorado el ebanista.

—¿Alto y más delgado que un fideo? —murmuró Anton.

¡Según esa descripción, difícilmente podía ocultarse Igno Rante bajo el tal «doctor» Gans!

—¿Y por lo demás? —siguió investigando..., con la esperanza de obtener tal vez un par de datos más que le fueran útiles.

—Le hice la rebaja... ¡y le di los tornillos! —gruñó Johann Holzrock—. Al fin y al cabo, no quiero que nadie pueda llamarme tacaño *a mí*.

Y con gesto sombrío, añadió:

—Tendrías que haber visto el coche del doctor ese: ¡una furgoneta de color cardenillo que casi estaba que se caía a trozos! ¡Y, naturalmente, también quería recoger él mismo su mueble funerario y preguntó si por eso le haría descuento!

Resopló furioso por la nariz.

—¡Su tía puede estar contenta de haberse muerto teniendo un sobrino tan tacaño! —exclamó Johann Holzrock despachándose a gusto.

—¿El ataúd era para su tía? —preguntó Anton..., decepcionado porque no fuera al menos un tío. Y es que, si así hubiera sido, quizá habría podido tratarse de Igno Rante.

Johann Holzrock asintió hosco con la cabeza.

—Sí, y me apostaría lo que fuera a que la tía le dejó una buena herencia. ¡Pero el sobrino ni siquiera fue capaz de concederle los tornillos apropiados y del estilo debido para su mueble funerario!

Se hizo el silencio. Anton se quedó pensando con la vista puesta en los polvorientos ataúdes. Finalmente, se decidió a hacer un último intento:

—¿Y de verdad que no se acuerda de ningún cliente que se llamara Igno Rante?

—No, *tú* eres el primero que le oigo decir ese nombre —declaró Johann Holzrock.

—Bueno, pues entonces... me gustaría darle las gracias y...

—¡... y enviarme, espero, la conferencia cuando esté lista, para que yo la lea! —completó la frase Johann Holzrock.

—¿La conferencia? —preguntó Anton mirando su cuaderno, del que había llenado dos páginas con apuntes y dibujos más o menos inútiles—. Sí, pero ahora tengo que irme —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—Que tengas mucha suerte con tu conferencia —exclamó Johann Holzrock mientras Anton se iba—. ¡Sólo con las preguntas tan inteligentes que has hecho, yo ya te pondría un diez!

«¿Preguntas inteligentes?», pensó Anton poniéndolo en duda cuando se montó en la bicicleta. No estaba nada satisfecho de lo que había podido averiguar.

¡Sólo quedaba la esperanza de que Anna hubiera conseguido enterarse de más cosas!

El Consejo de los Mayores

Sin embargo, aquella noche Anton estuvo esperando en vano a Anna. Hubiera deseado saber si la no asistencia de Anna se podía interpretar como buena o mala señal.

Angustiado, se fue finalmente a la cama. Al principio no consiguió dormirse. No hacía más que mirar a la ventana mientras le palpitaba el corazón, pero cada vez que miraba sólo veía el cielo nocturno y un par de estrellas.

Cuando llamaron a la ventana, Anton acababa de caer en un inquieto sueño, así que pasó un buen rato hasta que volvió en sí.

Pero luego saltó de la cama. Se fue corriendo a la ventana y la abrió de un tirón.

Aliviado, iba a exclamar «¡Anna!» cuando, en el último momento, vio que quien estaba allí fuera, en el alféizar, era el pequeño vampiro.

—Hola, Anton —dijo el pequeño vampiro con voz ronca—. ¡Parece que estás completamente alucinado!

—Es que... estaba soñando —balbuceó Anton.

—Y yo sé con qué estabas soñando —dijo el pequeño vampiro entrando en la habitación—. Con la solemne inauguración de nuestra exposición, que el lunes por la noche —o sea, dentro de cinco noches— se pondrá en ataudesca escena aquí en tu habitación.



—¿Cómo dices? —dijo Anton, que, en cierta medida, estaba perplejo.

—No, no has oído mal —contestó el pequeño vampiro con una risita.

Se acercó al escritorio y encendió la lámpara. Luego giró la pantalla para que les diera la luz a los soles dibujados en las paredes.

—Mis pinturas son realmente impresionantes —se alabó a sí mismo—. Sobre todo no habiéndolas visto desde hace tiempo. ¡Qué impresión le van a causar a Olga, que *aún* no las ha visto *nunca*!

Anton estuvo en un tris de contestar que Olga sí que las había visto, y, además, no hacía más que unos días, cuando, de forma completamente inesperada, había aparecido en casa de Anton. Olga sólo había hecho comentarios despectivos sobre los dibujos de soles que Rüdiger había hecho por indicación del señor Schwartenfeger..., como parte del programa con el que se suponía perdería el pequeño vampiro su miedo a los rayos del sol.

Sin embargo, como Anton no podía saber si Rüdiger sabía algo del regreso de Olga, le dijo con fingida indiferencia:

—¿Olga?

—No te lo esperabas, ¿eh? —dijo el pequeño vampiro, cuyas mejillas se habían teñido de rosa—. ¡Olga estará en nuestra casa para los esponsales!

—¿Para los esponsales?

—¡Efectivamente! El domingo Tía Dorothee e Igno Rante se prometerán, y, naturalmente, se celebrará en un marco solemne... ¡y con invitados!

—Pero... —dijo Anton faltándole el aire—. Pero si el Consejo de Familia aplazó su decisión hasta..., hasta el lunes. ¿Por qué se prometen ahora así tan de repente?

—¿De repente? —dijo con arrogancia el pequeño vampiro—. Igno Rante hace ya bastante tiempo que le hace la corte a Tía Dorothee.

—Pero las sospechas de Anna..., lo de la placa de latón...

Anton estaba tan nervioso que era incapaz de encontrar las palabras apropiadas.

—¡Pero si Wilhelm el Sombrío dijo que antes había que despejar todas las dudas!...

—Eso lo dijo en el Consejo de Familia. Hoy en el Consejo de los Mayores ha defendido otra opinión.

—¿En qué Consejo de los Mayores?

—En el Consejo de los Mayores de la Familia Von Schlotterstein —contestó muy digno el pequeño vampiro—, que esta noche ha debatido otra vez sobre la propuesta de Tía Dorothee.

—Bueno, sí, ¿y qué? —le urgió Anton cuando el pequeño vampiro hizo una pausa.

Rüdiger se rio burlonamente.

—Eres muy curioso, ¿no crees?

—Sí —admitió francamente Anton.

—El Consejo de los Mayores ha decidido que algo tan moderno como un matrimonio a prueba es incompatible con nuestras buenas y antiguas tradiciones vampirescas —le explicó dándose importancia el pequeño vampiro—. Y por eso hay que celebrar unos esponsales como es debido, tal como corresponde a nuestras costumbres, antes de que el señor Rante se instale en nuestra

cripta. Y en la fiesta de los espósaes —por cierto, también es una vieja tradición de los vampiros— se tratarán, en una conversación entre toda la familia, todos los asuntos que no están claros aún... ¡Por ejemplo, lo de tu placa de latón! —añadió con aspereza.

—¿*Mi* placa de latón? —repitió Anton—. ¡Fue Anna quien lo descubrió! Además, el Consejo de Familia le ha encargado oficialmente que inicie nuevas investigaciones sobre el ataúd de Igno Rante.

—Había —le corrigió el pequeño vampiro—. Desde esta noche el encargo es nulo.

—¿Lo sabe ya Anna?

—No, ¿cómo lo iba a saber? Ella no estaba presente. Es que la sesión no ha sido cosa de niños, ¡sino del Consejo de los Mayores!

—¿Y entonces cómo es que sabes *tú* todo eso?

—¿Yo? —preguntó el pequeño vampiro estirando el mentón—. ¡Me lo ha contado Lumpi!

—¿Es que está en el Consejo de los Mayores?

—¡Sí! Va el mayor de cada generación de vampiros.

—Ah —dijo Anton.

Un descanso productivo

—Ahora, sin embargo, deberíamos empezar ya de una vez a ocuparnos de la inauguración de la exposición —gruñó el pequeño vampiro—, porque si no nos va a amanecer aquí.

—Bueno, eso *a ti* no te importaría, ¿no? —observó astutamente Anton—. Con tu éxito con el señor Schwartenfeger...

Anton había dicho aquello con la intención de obligar al pequeño vampiro a que le revelara hasta dónde había llegado realmente. Sus insinuaciones parecieron dar en el clavo.

El pequeño vampiro bufó:

—Éxito, éxito... El éxito no es todo lo que cuenta.

—¡Cómo! —dijo Anton sorprendido—. ¿Es que el programa no ha salido bien?

—¡Pues claro que ha salido bien! —replicó con aspereza el pequeño vampiro—. Lo que pasa es que en estos momentos estoy haciendo un descanso productivo.

—¿Un descanso productivo?

—¡Efectivamente! Al fin y al cabo, tampoco Roma se edificó en una noche.

El pequeño vampiro se rio desgañitándose. Cuando vio la cara de perplejidad de Anton, añadió fanfarroneando:

—Porque primero quiero esperar a ver qué efecto producen en Olga los progresos que he hecho hasta ahora. Podría ser que mis cuadros de soles, mi chándal amarillo, el reloj de música, las gafas de sol, la cinta de la frente, mi libro *La Bella y el Vampiro*, pero, sobre todo, la confianza en mí mismo que he alcanzado, mis fortalecidos nervios... Podría ser que todo eso sea ya suficiente para convencer a Olga de que durante su ausencia me he convertido en una persona completamente distinta.

—¿En una persona completamente distinta? —dijo Anton, y para sí añadió: «¡Ojalá!».

—¡Sí, señor! —aseveró el pequeño vampiro—. ¿O me llamarías tú mediocre y cobarde habiendo tenido el valor, siendo un vampiro, de ponerme en tratamiento con un ser humano?

—¡Lo que me parece más valiente es que siempre te estés apropiando de mis cosas! —repuso Anton rechinando los dientes.

—¿Qué cosas?

Bueno; pues, por ejemplo, *La Bella y el Vampiro*. Me quitaste el libro así, sin más ni más.

Y el chándal..., también me lo tienes que devolver, aunque lo hayas cortado; aunque sólo sea por mis padres.

—No te preocupes, que recuperarás todo... alguna vez —bufó el pequeño vampiro—. Pero mil veces más importante que tus ridículas cosas es Olga... y que ella corrija la opinión negativa que tiene de mí —siguió diciendo en tono ensoñador—. Seguro que ya no volverá a decir que soy cobarde y mediocre.

Sus ojos habían cobrado una expresión ausente y transfigurada que Anton conocía muy bien: ¡era el estadio avanzado de su ceguera de amor!

—Y el señor Schwartenfeger —preguntó—, ¿qué opina de tu descanso productivo?

—¿Quién, el Warzenpfleger ése? Bah, aún no sabe absolutamente nada. ¡Pero ahora realmente ya va siendo hora de que pensemos en la inauguración de la exposición! Lo primero que tenemos que aclarar es lo de la música.

El pequeño vampiro miró toda la habitación con ojos críticos..., como si fuera la primera vez que estuviera allí.

—A Olga le encanta la música, pero con este cacharro... —dijo señalando la pequeña radio que Anton tenía al lado de la cama—. De esta carraca seguro que lo único que sale es música ratonera totalmente deformada. Y eso heriría la delicadeza musical de Olga. No, lo que necesitamos es un tocadiscos bueno de verdad y discos con fuerza.

—¿Discos con fuerza? —dijo burlón Anton. ¡Se acordaba muy bien de cómo se había entusiasmado Olga durante la Noche Transilvana con el disco de las «alegres golondrinas campestres» de Pequeño-Oldenbüttel!

—Efectivamente... ¡Con una fuerza de mil demonios! —exclamó con una risita irónica el pequeño vampiro dándole a Anton un codazo en el costado que le dolió mucho—. ¡Lo mejor es que para la fiesta de la inauguración te traigas el tocadiscos de la sala de estar!

—Sí, eso es lo que tú quisieras —gruñó Anton.

—¿O preferirías que hiciéramos la fiesta en la sala de estar? —preguntó el pequeño vampiro con una suavidad inusitada.

—¡Preferiría que no hiciéramos ninguna fiesta! —repuso Anton.

—¡Claro, tú sí! —se rio el vampiro con un graznido—. Pero en este caso tú sólo eres uno de tres.

—¡Sí, pero casualmente la habitación es mía! —dijo Anton.

—¿Quiere eso decir que no quieres que se celebre en tu casa la inauguración de la exposición? —preguntó amenazante el pequeño vampiro—. ¿Quiere eso decir que te has vuelto objetor de fiestas?

Anton asintió con la cabeza. Intentó mantener la calma mientras el corazón, le latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca.

—¡Sí! —dijo.

—¡Eso es una guarrada! —bufó el pequeño vampiro—. ¡Eso es una guarrada que no se le hace a un amigo!

Se fue corriendo a la pared y empezó a quitar con una prisa febril las chinchetas con las que Anton había sujetado los dibujos al papel pintado.



—¡Te acordarás de esto, Anton Bohnsack! —dijo con la voz temblándole de ira.

—¿No quieres que te ayude? —preguntó cautelosamente Anton.

En parte se estaba arrepintiendo ya de haberse opuesto. A lo mejor, a pesar de todo, la

inauguración de la exposición no resultaba tan mal...

—Bueno, quizá podría pensármelo mejor —dijo haciendo un intento de reconciliación.

—¡Demasiado tarde! —declaró el pequeño vampiro con voz de ultratumba. Había quitado ya el último dibujo e hizo desaparecer el montón bajo su capa.

Luego se marchó hacia la ventana cargando el paso y sin dignarse a dirigir ni una sola mirada a Anton. Dando un potente salto se subió al poyete de la ventana y se marchó volando de allí sin decir adiós.

Un poquito más cerca

La noche siguiente llamaron muy temprano a su ventana. Al abrir, Anton vio la cara de Anna, blanca como la nieve. Llevaba el pelo salvajemente tieso hacia arriba y parecía que estaba muy excitada.

—¡Qué desvergüenza! —protestó mientras entraba en la habitación—. ¡Si supieras lo furiosa que estoy!

Anton advirtió que esta vez no la envolvía el aroma dulzón a rosas. Se quedó de pie delante de Anton agitando sus pequeños puños con gesto furibundo. Anton, que durante las últimas semanas había visto siempre una Anna amable y cariñosa, se echó hacia atrás asustado.

—¿Y... y por qué estás tan furiosa? —preguntó.

—¿Que por qué? —dijo ella echándose a reír y retirándose de sus melenas—. ¿De verdad que no lo sabes?

Anton vaciló. No quería de ninguna manera ponerla más furiosa con una respuesta precipitada. Suponía que la furia de Anna tenía algo que ver con la decisión del Consejo de los Mayores, ¡pero con lo excitada que estaba lo mismo malinterpretaba cualquier palabra bienintencionada!

Desviando la atención, Anton preguntó:

—¿También estás furiosa conmigo?

Por primera vez Anna sonrió. Anton respiró aliviado.

—¡No, tú eres el único con el que *no* estoy furiosa! —dijo ella.

—¿Con quién estás furiosa entonces?

—Con toda mi familia —contestó ella sombría—. Pero con quien más furiosa estoy es con mi abuelo, Wilhelm el Tétrico. ¡Cambia de capa de vampiro según sopla el viento!

—¿Te refieres a que en el Consejo de los Mayores ha dicho otra cosa diferente a lo que dijo en el Consejo de Familia?

—Ah, ya lo sabes.

—Sí, Rüdiger me lo contó ayer.

—En el Consejo de Familia mi abuelo no tuvo absolutamente nada en contra de que yo emprendiera investigaciones adicionales —dijo enfadada Anna—, pero luego, en el Consejo de los Mayores, afirmó que yo era demasiado pequeña para esa misión. ¡Bah, qué disparate!

Miró a Anton con los ojos muy abiertos y le preguntó:

—¿Tú también crees que soy pequeña?

Anton meditó lo que iba a decir.

—Pequeña sí que eres —dijo—. Pero no eres *demasiado* pequeña..., por lo menos para mí no lo eres —dijo carraspeando tímidamente.

Anna le miró con una tierna sonrisa.

—¡Hay que ver cómo lo has dicho, Anton! ¡Somos buenos amigos de verdad y cada vez estamos un poquito más cerca el uno del otro!

Aunque cuando lo dijo se quedó quieta y muy tranquila, Anton se apartó instintivamente, ¡y es

que sabía a lo que se refería Anna con lo de «acercarse»!

Anna frunció el ceño.

—¿Es que acaso me tienes miedo? —preguntó.

—No —aseguró Anton—. Yo —dijo señalando el blanco papel pintado—, yo sólo quería quitarme de en medio para que vieras que los dibujos de soles ya no están puestos en la pared.

—Ah... —se relajaron los rasgos de Anna—. ¡Has hecho desaparecer esos horribles dibujos! —dijo ella con una risita y haciendo un ademán como si fuera a encender una cerilla.

—No, no ha sido como tú crees —dijo Anton—. Rüdiger se los ha llevado otra vez.

—Espero que no sea tan tonto como para colocarlos en la cripta... —opinó Anna—. ¿Están tus padres aquí? —preguntó después de una pausa.

—Mi padre está en la sala de estar viendo la televisión —explicó Anton—. Mi madre tiene día de padres.

—¿Día de padres? ¿Qué es eso?

—Pues que se reúnen los padres con la profesora o con el profesor y hablan de todas las cosas que pueda uno imaginarse: qué se puede hacer contra el hastío de colegio, cuánto debe pesar la cartera, cuántos deberes tienen que hacer los niños... ¡Pues eso, educación moderna!

—¿Educación moderna? —repitió Anna—. Oh, a una reunión de esas deberían ir *mis* padres.

Con una risa furiosa añadió:

—Pero sería mejor todavía una reunión de abuelos..., para abuelos caducos que no tienen ni idea de los tiempos modernos. ¡Las chicas vampiro de hoy en día ya no son tan tímidas y desvalidas como mi abuelo se cree! Y por eso —añadió— me he propuesto hacer algo esta noche, ¡algo propio de una moderna chica vampiro!

—¿El qué? —preguntó con curiosidad Anton.

—He pensado que tú y yo podíamos ir a una discoteca.

—¿Tú y yo?

—¿Es que no quieres?

—Sí, claro que sí —balbuceó Anton—, sólo que... hoy es jueves ¡y los jueves están todas las discotecas cerradas!

—¿Cerradas? —dijo decepcionada Anna—. ¡Oh, entonces ya sé: iremos al cine! —exclamó inmediatamente después.

—¿Al cine? —preguntó Anton mirando su despertador—. ¡La sesión ha empezado hace ya mucho!

—Entonces iremos a la sesión de noche —exclamó Anna.

Anton puso una cara compungida.

—Desgraciadamente, sólo hay sesiones de noche los fines de semana.

Anna miró hacia la puerta.

—¿Y en la televisión? —preguntó con tono exigente—. ¿No pondrán por lo menos algo razonable como, por ejemplo, una bonita película de vampiros?

—No, ponen una película popular —contestó Anton—, y no es precisamente muy bonita.

—¡Bah! —dijo Anna apretando fuertemente los labios—. ¡Y yo que me había jurado a mí

misma que iba a ser una noche muy especial después de la decepción del Consejo de los Mayores!

Se dio la vuelta hacia la ventana dándole la espalda a Anton, que observó preocupado su pequeña figura... y sus estrechos hombros contrayéndose convulsivamente de vez en cuando bajo la vieja y raída capa. ¿Estaría Anna... llorando?

La furgoneta de color cardenillo

—Pues *a mí* la decisión del Consejo de los Mayores me parece una equivocación —dijo Anton... y no sólo para consolarla—. Ayer por la mañana fui a ver a Johann Holzrock y estuve hablando con él personalmente. Y lo que me dijo me parece bastante poco tranquilizador.

—¿Y qué es lo que te dijo? —preguntó Anna sin cambiar la posición.

—Que había tenido un cliente extraordinariamente tacaño que quería renunciar incluso a los tornillos de su ataúd para ahorrarse veinte marcos. Además, parece ser que dijo que el Modelo estaba muy subido de precio, y eso a Johann Holzrock le puso furiosísimo porque en la ciudad es prácticamente imposible encontrar un modelo con un precio más módico; o por lo menos eso afirma él.

—¿Y qué es lo que te parece tan poco tranquilizador de ese cliente? —preguntó Anna, que parecía muy poco impresionada.

—Hombre, pues... —dijo Anton carraspeando—. Lo he estado pensando todo el tiempo. Al principio también me parecía que era un cliente como otro cualquiera, pero luego pensé en Igno Rante y me acordé de lo que tú dijiste: que por su ataúd debía de ser enfermizamente tacaño.

—Pero segurísimo que hay mucha más gente enfermizamente tacaña —repuso Anna—. ¡Y si te he entendido bien, ese cliente *no* era Igno Rante!

—No, parece ser que era muy alto y muy delgado. Y, sin embargo..., no puedo apartar de mí la sensación de que hay alguna relación entre Igno Rante y él. Por cierto, también fue él mismo a recoger el ataúd para ahorrarse el dinero del transporte..., con una furgoneta de color cardenillo que casi se caía a trozos.

Anna se volvió lentamente hacia Anton.

—¿Con una furgoneta de color cardenillo que casi se caía a trozos? Coches como ése son bastante raros, ¿no?

—Sí.

—Anoche vi una furgoneta de color cardenillo —dijo ella—. ¿Y sabes dónde?

—¡No, claro que no! —repuso Anton..., irritado porque Anna no daba signos de excitación ni siquiera con aquella novedad.

—Delante de Villa Vistaclara —declaró ella.

—¡No! —se le escapó a Anton.

¡Ahora sí que le parecía extraña la serenidad de Anna!

Parecía como si el misterio de Igno Rante se hubiera vuelto algo indiferente para Anna. ¿O sería quizá que ella ya no *quería* interesarse por aquello..., por indignación y enojo con su familia?

—Sí —contestó ella tranquilamente.

—¡Entonces no me ha engañado mi instinto! —exclamó Anton—. ¡El Doctor Gans ése *tiene* algo que ver con Igno Rante!

—¿Quién?

—El Doctor Gans; así es como se llama el cliente que prefería quedarse sin tornillos. Por lo menos bajo ese nombre se presentó a Johann Holzrock.

—Ajá —dijo solamente Anna.

—¿Y al Doctor Gans ése le viste anoche delante de Villa Vistaclara? —quiso asegurarse Anton.

—A él no —le corrigió Anna—. Sólo vi la furgoneta de color cardenillo. Se puso en marcha y se fue justo en el momento en que yo regresaba de mi recorrido de reconocimiento por Villa Vista-clara.

—¿Y dónde estaba Igno Rante?

—Estaba en el parque con Tía Dorothee.

—¿Le viste la matrícula?

—No. Además, la furgoneta no llevaba las luces encendidas.

—¿No llevaba las luces encendidas?

—No.

—¡Pero eso hace que el coche sea todavía más sospechoso! —exclamó Anton—. ¡El que conduce de noche con las luces apagadas seguro que tiene algo que ocultar!

—O tiene los faros rotos —observó Anna.

Anton la observó afectado. ¡Él había supuesto que todas aquellas cosas sospechosas le alarmarían mucho a Anna y la convencerían de la necesidad urgente de seguir investigando!



Pero Anna estaba simplemente allí parada jugando, al parecer con la mente perdida, con un pico de su capa.

—La furgoneta verde... —dijo Anton iniciando un nuevo intento—. ¿Tú crees que estará esta noche también delante de Villa Vistaclara?

—Hummmm, podría ser...

—¿Por qué no nos vamos allí volando para comprobarlo? —la urgió Anton.

Entonces Anna, por lo menos, levantó la cabeza.

—¿Irnos allí volando? —dijo ella temblándole la comisura de los labios—. ¡Si crees que tengo ganas de seguir espionando a Igno Rante ahora que el Consejo de los Mayores me ha vuelto de esta manera la espalda, estás totalmente equivocado!

Y luego añadió con agresividad:

—Esta noche lo único que quiero hacer es divertirme y no quiero saber nada de problemas. ¿Acaso es tan difícil de comprender?

—No, no —contestó rapidísimamente Anton—. Si también podemos divertirnos... Lo único que pasa es que, a pesar de eso, también deberíamos ocuparnos de lo de la furgoneta verde.

—¿Y por qué?

—Porque podría haber gato encerrado... ¡Un gran peligro para todos vosotros!

—Sea como sea, los esponsales de Tía Dorothee se van a celebrar, descubramos algo sobre el tal Doctor Gans y su furgoneta o no —dijo con indiferencia Anna—. ¡Aunque naturalmente sin mí! —añadió furiosa después de una pausa.

—¿Sin ti? ¿Es que está permitido eso? —preguntó Anton.

—¡Ja! —se rio Anna amargamente—. También está permitido que me encarguen primero averiguar el asunto del letrero y del ataúd..., y luego a la noche siguiente me retiren ese encargo sin más ni más. ¡No, se me han quitado completamente las ganas de asistir a los esponsales!

Entonces resolló por la nariz y añadió:

—Todo se ha conjurado en contra mía... ¡Hasta los cines y las discotecas!

Anton la miró conmovido... y sin estar seguro de qué era lo que debía decir. Entonces se oyeron de repente unos pasos que se acercaban.

—¡Mi padre! —dijo él corriendo hacia la puerta.

¿Quién es el Doctor Gans?

—¡Ven, corre, hay un programa para ti! —oyó que decía la voz de su padre.

Anton abrió... y estuvo a punto de chocar con su padre. Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Un programa para mí? —preguntó haciéndose el sorprendido—. ¿Se ha acabado ya esa aburrida película popular?

—¡Sí, y ahora la cosa va de murciélagos!

—¿Murciélagos? A mí eso realmente no me entusiasma.

—Quizá salgan también un par de vampiros —bromeó el padre de Anton—. Bueno, si te apetece...

—Hummm, me parece que no —dijo Anton.

—¡Está bien, no era más que una propuesta!

Con cara de sentirse ofendido, el padre de Anton se marchó de allí arrastrando los pies, y Anton volvió a entrar rápidamente en la habitación.

Pero tal como había temido, Anna ya no estaba allí. Anton cogió de la estantería *Historias de Vampiros para Expertos* y se puso a leer con la esperanza de que Anna regresara o de que el pequeño vampiro llamara a su ventana.

La única que llegó, sin embargo, fue la madre de Anton hablando entusiasmada de lo bien que había estado la charla con los padres.

«La charla»..., pensó furioso Anton. ¡A él también le habría gustado seguir charlando más tiempo con Anna! Sobre todo, hubiera querido hablar con ella del señor Schwartenfeger... y de que Rüdiger había interrumpido su programa de entrenamiento.

¿Y si Anton hablara por teléfono al día siguiente con el señor Schwartenfeger? Eso fue lo último que pensó antes de quedarse dormido.

Sin embargo, cuando se despertó, Anton volvió a desestimar esa idea. El señor Schwartenfeger tampoco le iba a poder decir nada nuevo. Al contrario: era posible que intentara tirarle de la lengua *a él*.

Además, el propio pequeño vampiro había dicho que primero quería esperar a ver qué impresión causaban en Olga los progresos que había hecho hasta ahora.

No, lo que le tuvo ocupado mucho más a Anton aquella mañana fue el asunto de la furgoneta de color cardenillo del Doctor Gans. De repente todo encajaba: el letrero de latón del ataúd de Igno Rante con la inscripción: «Johann Holzrock. Muebles Funerarios. Modelo 1 a»..., el taller del ebanista de ataúdes, completamente lleno de ataúdes del Modelo 1 a..., el comentario de Johann Holzrock de que un tal Doctor Gans... y, finalmente, la observación de Anna de que, por la noche, delante de Villa Vistaclara... ¡El Doctor Gans tenía que haber negociado por encargo de Igno Rante cuando le compró a Johann Holzrock aquel ataúd tan sumamente barato!

Pero, ¿quién era el Doctor Gans?

Sin duda alguna era un ser humano, pues Johann Holzrock no había dicho ni una sola palabra

de que el Doctor Gans sólo hubiera ido a verle *después* de la puesta del sol. Y seguro que una cosa así el ebanista de ataúdes la hubiera contado... ¡Con lo mucho que Anton se había interesado por clientes que fueran poco normales!

Anton sintió cómo el corazón le latía violentamente: ¡así que Igno Rante tenía un colaborador... de carne y hueso!

Se acordó de que en su película favorita, *El Baile de los Vampiros*, también había un ayudante, un tipo terriblemente feo que vigilaba durante el día el castillo del Conde Drácula. El Doctor Gans difícilmente podía tener un aspecto tan malo, ¡pues, si así fuera, eso le habría llamado la atención a Johann Holzrock!

Anton intentó acordarse de todo lo que el ebanista de ataúdes le había contado sobre su extraño cliente: el Doctor Gans había comprado el ataúd para su tía y ya tenía muchísimos tornillos.

Sí, y además la furgoneta de color cardenillo... ¡Sin duda alguna era lo que más llamaba su atención!

«¡Posiblemente, como ayudante de Igno Rante, el Doctor Gans estará en Villa Vistaclara durante el día mientras su maestro está descansando en el ataúd!», siguió pensando Anton. «¡Y entonces también estará su furgoneta de color cardenillo o bien delante de la villa o en una calle lateral!»

El viernes anterior, cuando se metió en el sótano de Villa Vistaclara, Anton no había visto a nadie, ni se había encontrado tampoco con ningún coche... y mucho menos con una furgoneta de color cardenillo. ¡Pero eso podía haber sido por pura casualidad! Seguro que el Doctor Gans no se pasaba todo el día delante de la villa.

Tenía que llegar allí justo cuando fuera a empezar a oscurecer... ¡Por lo menos eso era lo que pasaba en *El Baile de los Vampiros*! En la película el ayudante tenía, entre otras, la misión de ayudar a los vampiros a salir de sus ataúdes y de encender las velas.

Anton miró el reloj. Pronto sería mediodía.

Esperaría hasta última hora de la tarde... ¡y entonces se iría a Villa Vistaclara!

El hombre de la bolsa

Después de comer llamó por teléfono a Ole y quedó con él para ir a montar en bicicleta.

A la madre de Anton le pareció digno de elogio que él quisiera salir y hacer deporte ahora que —como ella decía— la enfermedad de él ya no era contagiosa.

—¡Pero deberás estar aquí de vuelta antes de que oscurezca! —le advirtió ella al despedirse.

—Claro —contestó él.

Anton, efectivamente, estuvo montando en bicicleta con Ole, pero sólo hasta las sillas y los bancos del parque municipal. Allí jugaron a las cartas hasta que Anton propuso que echaran una carrera.

Ole, que siempre estaba ansioso por ganar, salió de allí disparado. Pero Anton, que ni por un solo segundo tuvo la intención de seguirle, se metió por un camino lateral y se marchó de allí pedaleando rápidamente.

Anton se apeó en la Avenida de los Castaños. Cruzó el Camino de los Alisos y llegó a la Calle del Campo de Deportes.

Bajo el espeso techo de las hojas de los árboles caminó empujando lentamente a su lado la bicicleta.

Exactamente igual que la vez anterior, Anton sintió que de las ruinosas casas emanaba algo sombrío y repulsivo. Allí realmente no podía sentirse uno bien. ¡Ni siquiera a plena luz del sol!

La penúltima casa que había en la acera de la derecha era Villa Vistaclara. Ya desde lejos a Anton le dio un escalofrío al ver los negros muros y los gruesos tablones que cegaban las ventanas y la puerta de la villa. Sin embargo, no encontró la furgoneta de color cardenillo..., ni delante de la villa ni en la acera de enfrente. De repente oyó el ruido de un motor.

Apoyó apresuradamente su bicicleta en el grueso tronco de un árbol y miró hacia el sitio de donde procedía el ruido. Tuvo una agradable sorpresa al ver que desde el Camino de los Alisos giraba y entraba en la Calle del Campo de Deportes una furgoneta de color verde chillón.

Se apretó contra el tronco del árbol. El coche pasó a su lado sin que pareciera que la persona que conducía hubiera visto a Anton. Entonces la furgoneta verde se detuvo delante de Villa Vistaclara y se bajó un hombre. Era llamativamente alto y delgado. ¡Por la descripción del ebanista de ataúdes tenía que tratarse del Doctor Gans! Iba vestido con unos pantalones oscuros y una chaqueta gris.

A Anton le sorprendió el aspecto tan normal que tenía... ¡No parecía en absoluto el hombre de confianza de un vampiro! Por lo menos no se parecía absolutamente nada al horrendo ayudante de *El Baile de los Vampiros*.

El Doctor Gans se quedó parado en la acera y miró a izquierda y derecha. Anton se escondió aún más tras el nudoso árbol. Comprobó aliviado que su bicicleta no había despertado ninguna sospecha, ya que el Doctor Gans se encaminaba muy decidido hacia la puerta del jardín.

Anton se dio cuenta entonces de que llevaba en la mano una bolsa de plástico con una gruesa y llamativa cruz roja.

¡Qué extraño!... ¡También en una bolsa como aquella iban los polvos contra los picores que la madre de Anton había comprado en la farmacia!

Anton se rascó la cabeza reflexionando.

Aquella bolsa... ¿Querría decir que el Doctor Gans había estado en una farmacia?

Y si eso era cierto..., ¿sería que Igno Rante estaba enfermo? Eso —pensó Anton— no era nada descabellado. La vampiresca fiesta de esponsales imponía mucho, sin duda, ¡y a lo mejor, por pura excitación, Igno Rante tenía problemas con el corazón!



El Doctor Gans había llegado a Villa Vistaclara. Como Anton había supuesto, no fue hacia la puerta, sino hacia la izquierda, rodeando la casa, hasta donde estaba la entrada al sótano.

Decidir sí cuesta mucho

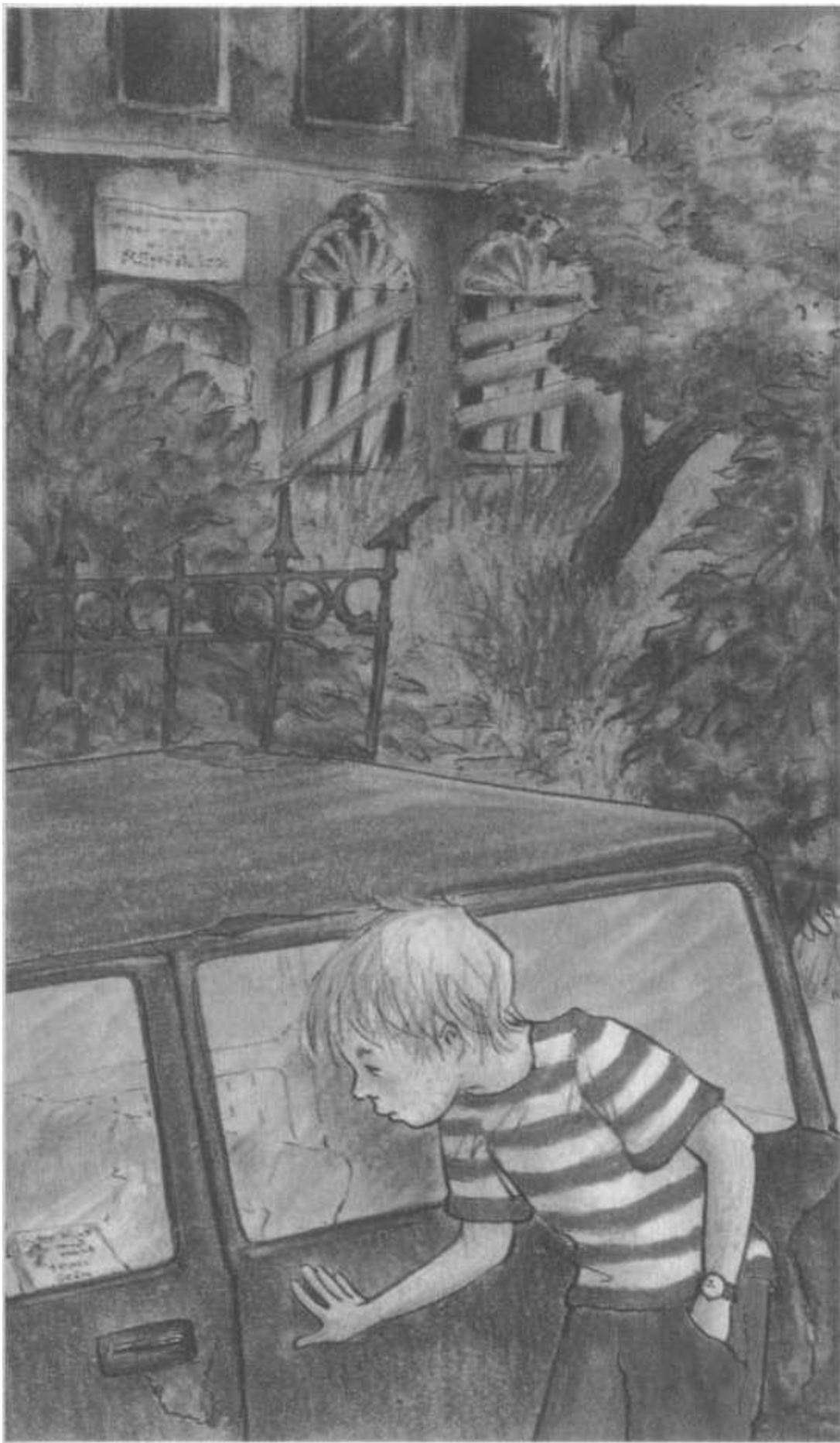
Anton pensó si debería seguirle, pero temió que el Doctor Gans le sorprendiera. ¡Y de ninguna manera quería caer Anton en manos del ayudante de un vampiro por muy normal y muy inofensivo que éste pareciera! ¡No, mejor sería que examinara con más detalle el coche del Doctor Gans!

Anton cogió su bicicleta y la empujó. Qué extraño: la matrícula del coche era de fuera... ¿Viajaría acaso hasta allí el Doctor Gans todos los días? ¡Si era tan tacaño como Johann Holzrock decía, lo lógico sería que hiciera todo lo posible por ahorrar gasolina!...

Y efectivamente el coche daba la impresión por los cuatro costados de tener un dueño muy tacaño: el parachoques y las llantas estaban oxidados, los guardabarros abollados...

Anton apoyó su bicicleta en la verja del jardín y dio la vuelta alrededor del coche. En el cuadro de mandos había unas gafas de níquel pasadas de moda y delante del asiento del copiloto había una caja de cartón llena de botellas.

En el asiento de atrás Anton vio que había unas revistas y dos libros. Aguzó la vista para poder *leer los títulos de los libros*. Decidir no cuesta nada. Tu cuerpo en la salud y en la enfermedad, *leyó*.



Aquel libro de consulta confirmaba la sospecha de Anton de que la salud de Igno Rante estaba dañada. Era impensable que un vampiro enfermo fuera al médico para recibir tratamiento; a lo sumo, enviaría a su ayudante a una farmacia..., o a una librería. ¡E Igno Rante había hecho las dos

cosas! El segundo título casaba perfectísimamente con el Doctor Gans y con su furgoneta de color cardenillo: *Repare usted mismo su coche. Un gran manual a un pequeño precio.*

Por lo demás, el coche estaba vacío. Anton había tenido la esperanza de descubrir en su interior algo que le indicara qué clase de doctor era el ayudante. Y es que por el momento Anton no sabía mucho de él; sólo sabía —según la información de Johann Holzrock— que era un doctor de la Universidad y que seguramente debía ganar un montón de dinero.

—Un montón de dinero —murmuró Anton.

Al principio no se había preocupado del dinero que pudiera ganar el Doctor Gans, pero de repente le pareció que era muy sospechoso que un doctor de la Universidad fuera precisamente allí a Villa Vistaclara a gastar su tiempo sirviendo a un vampiro... ¿O es que acaso el Doctor Gans no era en absoluto el ayudante de Igno Rante? Pero entonces, ¿cuál era su misión?

Anton apretó los labios y se puso a reflexionar profundamente. Si el Doctor Gans *no* era el ayudante de Igno Rante..., ¿sería entonces un espía, un agente que estaba jugando un doble juego?

...

Por lo que Anton sabía, en la Universidad había los más diversos doctores: doctores de alemán, de inglés, de matemáticas y hasta de criminología. ¿Se podría ser también doctor en... vampirología? Al pensar aquello a Anton le sacudió un escalofrío.

¡Si el Doctor Gans era realmente doctor de vampirología, su relación con Igno Rante estaría basada en un interés puramente científico! Y entonces su celo investigador no sólo se limitaría a Igno Rante, sino a *todos* los vampiros... ¡incluida, naturalmente, la familia Von Schlotterstein!

En ese caso, sin embargo, no sólo Igno Rante estaría en peligro... ¡Los mejores amigos de Anton correrían un gravísimo peligro!...

Y nadie de la familia Von Schlotterstein sabía que Igno Rante tenía un ayudante..., ¡un ayudante humano! El Doctor Gans incluso asistiría a la fiesta de esponsales, invitado por Igno Rante...

Al llegar a ese punto en sus reflexiones se dio cuenta de que le temblaban mucho las piernas por los nervios. Con las rodillas flojas se fue hacia la bicicleta y se sentó en el sillín.

Entonces oyó que alguien tosía. El ruido venía de Villa Vistaclara. Anton se dio media vuelta... y vio al Doctor Gans, que se acercaba por el camino del jardín.

Sus miradas se cruzaron.

Anton notó que se había puesto colorado. Se dio impulso con las piernas y se marchó de allí pedaleando rápidamente.

En medio de la Avenida de los Castaños le adelantó la furgoneta verde. Anton, preocupado, desvió la vista a un lado, pero el Doctor Gans ni siquiera se fijó en él. Salió disparado de allí a una velocidad irresponsable. En cuanto desapareció, Anton frenó y se bajó de la bicicleta.

«¡Decidir *sí* cuesta mucho!», pensó..., sin saber si debía irse a casa o volver a Villa Vistaclara.

¡Pero mucho no iba a poder hacer en la guarida de Igno Rante! ¡Y Anton nunca iba a ser tan irresponsable como para preguntarle a Igno Rante por el Doctor Gans! No, sólo había dos personas con las que podía hablar: Anna y el pequeño vampiro.

Y para poder hablar con cualquiera de los dos lo mejor era que se fuera a su casa... ¡y esperar

a que llamaran a su ventana!

Aunque..., el vampiro, probablemente, no iría después de la discusión por sus dibujos de soles.

Pero Anna... ¡Anton no tenía ninguna duda de que vería a Anna esa noche!

Un auténtico tirano en pequeño

Por eso a Anton tampoco le sorprendió que su madre le abriera la puerta con una sonrisa misteriosa y le dijera:

—Tienes visita... ¡Es una chica!

—¿Una chica? —preguntó Anton haciéndose el indiferente.

—Sí. La he pasado a tu habitación.

Fue entonces cuando Anton se quedó perplejo.

—¿La has pasado a mi habitación?

¡Era prácticamente imposible que fuera Anna! Aunque una vez había entrado en casa de Anton llamando al timbre de la puerta para demostrar que era digna de su apelativo, «la Valiente», desde entonces no había vuelto a hacerlo. Y, además, eso tampoco era muy propio de su forma de ser, más bien sigilosa y cautelosa.

La madre de Anton asintió.

—¡Una chica muy atractiva! Muy bonita y muy acicalada.

—¿Muy bonita y muy acicalada? —dijo Anton presintiendo lo peor—. ¿Acaso es Tatjana?

—No, nosotros hasta ahora no la conocíamos —contestó su padre, que llegaba de la cocina. Y bromeando añadió—: ¡Ten mucho cuidado, tienes a todas las chicas revoloteando a tu alrededor!

—¿No la conocíais? —murmuró Anton. ¡Aquello cada vez era más extraño!

—Pero ahora sí que me conocen —proclamó entonces una voz chillona. La mirada de Anton recorrió el pasillo... y se quedó aterrorizado cuando vio a Olga en la puerta de su habitación.

—Realmente, Anton, tienes unos padres muy simpáticos —susurró acercándose con una coqueta sonrisa—. Tu madre ha sido amabilísima permitiéndome que te esperara en tu habitación.

«¡Lo único que le falta es lanzar a derecha e izquierda besitos con la mano!», pensó furioso Anton.

—Y tu padre es tan simpático como tú —dijo en tono halagador—. No. ¡Es, incluso, más simpático aún!

—Bueno, tampoco exageres —repuso el padre de Anton.

Sin embargo, se le notaba en la cara que los halagos de Olga habían causado su efecto.

—¡Si hubiera sabido lo amables que son tus padres habría venido antes a visitarte! —dijo Olga con voz aflautada y tirando del gran lazo de color rojo oscuro que llevaba en el pelo y que parecía igual que los que llevan las cajas de bombones.

Dulce y pegajoso como un bombón era también el aroma que desprendía Anna. Tenía que haber utilizado algún repugnante perfume para tapar su olor a vampiro.

Había tapado su blanca piel con polvos rosados y, así, tenía un cierto parecido con una muñeca de porcelana... ¡Una muñeca de porcelana con un *folclórico* traje! Anton examinó el folclórico vestido rojo que ella llevaba. Se había recogido la capa de vampiro para que se pudiera ver también su blanquísimo delantal. ¿Cómo conseguiría Olga conservar el delantal tan inmaculadamente limpio? E incluso los zapatos de charol negro los llevaba brillantísimos.

Quien no conociera a Olga tenía que encontrarla realmente atractiva, bonita y acicalada. Pero para alguien como Anton, que sabía lo que había detrás de aquella fachada...

—¿Es que no te alegras? —preguntó Olga.

—Sííí —dijo estirando la palabra—, pero deberíamos irnos a mi habitación —propuso echando una mirada hacia sus padres, y con el pensamiento añadió: «¡Todavía tengo que decirte yo un par de cosas!».

—¿A tu habitación? —preguntó Olga girando con afectación sus grandes ojos azules—. Me hubiera gustado seguir charlando un rato con tus padres, pero si tú lo dices...

—¡Pues sí, sí que lo digo! —gruñó Anton yéndose decidido hacia la puerta de la habitación.

—Anton es un auténtico tirano en pequeño —oyó que les decía Olga a sus padres—. Cuando llama hay que volar...; digo, ¡hay que ir corriendo, ji, ji, j!

—¿Es que hace mucho que os conocéis? —preguntó el padre de Anton.

—¡Vente ya de una vez! —dijo malhumorado Anton.

—¿Ven ustedes qué tirano es? —dijo Olga con una risita—. ¡Pero a mí me gustan los hombres..., eh..., los chicos fuertes!

Recorrió el pasillo pavoneándose y entró en la habitación de Anton.

Cuando se visita a un buen amigo

En principio, Anton tenía previsto hablarle a Olga y hacerle reproches.

Sin embargo, se dio cuenta justo a tiempo de que ella perseguía algo con aquella visita y que no sería muy inteligente enfadarla. ¡A lo mejor había descubierto algo sobre Igno Rante!

Olga se fue a la cama de Anton, se levantó un poco su puntilla blanca y tomó asiento con una sonrisa afectada.

«¡Como en las clases de ballet!», pensó Anton.

Él se sentó en la silla de su escritorio.

—¿Y por qué has venido? —empezó él cautelosamente.

—¿Que por qué? —preguntó Olga guiñándole confidencialmente el ojo—. ¿Es que tiene que haber siempre un motivo cuando se visita a un buen amigo?

Anton carraspeó.

—No.

—Pero sí que tengo un motivo —le anunció misteriosamente Olga tras un breve silencio.

—¿Cuál? —preguntó expectante Anton.

—¿No te lo imaginas? —dijo ella haciéndole sufrir.

—Bueno... —dijo Anton, y le latía el corazón con más rapidez—. ¿Tiene quizá algo que ver con el Doctor Gans?

—¿Con el Doctor Gans? —preguntó Olga con una risita—. ¡Hay que ver qué gente conoces! No, ni con el Doctor Gans ni con el Doctor Gallina —dijo con una risa chillona porque su ocurrencia, por lo visto, le parecía muy graciosa.

—El motivo —le explicó ella cuando se calmó— es que quiero *invitarte*. ¡Me vas a acompañar en la fiesta de esponsales de Tía Dorothee!

—¿Yo? —dijo sorprendido Anton.

—¡Sí! Por supuesto, antes se te maquillará como es debido.

—Yo..., no sé...

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó incisivamente Olga.

—No sé si voy a tener tiempo —dijo quejumbroso Anton.

—¡Sí que tendrás tiempo! Ya está todo arreglado. Tus simpáticos padres están también de acuerdo.

—¡¿Qué?!... ¡¿Has hablado con mis padres?! —gritó Anton.

—¡Para que veas lo previsor que soy! —dijo Olga.

—¡Oh, no!... —se le escapó a Anton.

—¿Cómo que... «¡oh, no!»? —preguntó Olga en voz baja pero en tono amenazador—. ¿Es que acaso *no* quieres ir conmigo a la fiesta de esponsales de Tía Dorothee? Eso es un honor para ti, un gran honor, y si lo rechazas...

Ella no dijo nada más, pero su mirada fue lo suficientemente expresiva.

—Ya, ya sé que es un honor —aseguró Anton—. Pero es que..., es que yo no soy partidario de

las fiestas de esponsales. Me parece que están pasadas de moda y que son poco modernas.

Él mismo se dio cuenta de que no era una excusa muy original, pero con las prisas no se le había ocurrido nada mejor para convencerle a Olga de que no podía aceptar de ninguna manera su invitación..., una vez que ella ya había obtenido el permiso de sus padres. Olga asintió con complicidad.

—¡A mí las fiestas de esponsales, con todo ese boato, también me parecen bastante pasadas de moda! —dijo ella—. ¡Pero contra las indicaciones familiares no se puede hacer nada!... De todas maneras, en esta ocasión las tradiciones me vienen estupendamente —añadió con un gesto de astucia—, porque al final del diálogo de los esponsales se dice: «todo queda perdonado y olvidado». Fíjate bien: ¡todo!

Se alisó el delantal y se rio pícaramente.

—Por eso he dejado también de investigar los misterios de Igno Rante y de su Villa Vistaclara... ¡Además, Tía Dorothee va a olvidar y me lo va a perdonar todo!

—¡Posiblemente eso ha sido un error! —repuso Anton.

Olga le dirigió una mirada divertida.

—¿Sí?... ¿Y por qué?

—¡Por ejemplo, por el Doctor Gans!

—Tú y tu dichoso Doctor Gans —dijo ella con una risita burlona.

—¡Pero es que es el ayudante de Igno Rante! —explicó Anton, con la esperanza de picar así el interés de Olga.

Pero ella solamente dijo:

—¡Yo no sé qué es lo que tienes tú en contra de los criados! Antiguamente, en nuestro Castillo Seifenschwein nosotros teníamos un montón de criados.

—Y al final os traicionaron, ¿o no? —dijo Anton.

Olga se puso pálida como un cadáver.

—No me lo recuerdes —gimió—. Ese es el capítulo más amargo de mi vida.

Pero Anton estaba decidido a no tener consideración con ella y a contar sus sospechas.

—Tal vez el Doctor Gans —dijo— no sea un verdadero ayudante..., y un criado seguro que no.

—¿Qué es entonces? —preguntó Olga con voz ahogada.

Anton inspiró profundamente.

—El Doctor Gans podría ser un... ¡cazador de vampiros!... Un moderno cazador de vampiros —añadió Anton por si acaso.

Olga pegó un grito.

—Un cazador de vampiros... —balbuceó ella levantándose como si estuviera en trance. Una expresión aterrorizada y llena de odio contraído su rostro. Respirando con dificultad se fue andando pesadamente hacia la ventana y la abrió de par en par. Se tambaleaba como una polilla que se ha quemado con la luz de una lámpara, y así salió revoloteando en medio de la noche.

Anton, aunque realmente hubiera debido estar prevenido después de las experiencias de la Noche Transilvana, no esperaba aquella reacción y la siguió con la mirada con un sentimiento de culpabilidad. De repente oyó la voz de su madre tras la puerta de su habitación:

—Papá os ha preparado un par de sándwiches. Los tenéis en la cocina.

—En..., seguida voy por ellos —balbuceó Anton..., contento de que ella no hubiera hecho ningún intento de entrar en la habitación.

Chicas que vuelan

Cuando Anton vio en la cocina la bandeja con los sabrosos sándwiches de salchicha y de queso se dio cuenta de lo vacío que estaba su estómago. Cogió ávidamente un sándwich de queso.

—Lo principal es que tu amiguita también se sirva abundantemente —dijo el padre de Anton—. Hoy me he esforzado mucho. ¡Pero qué no haría uno por una chica tan simpática y tan bien educada!

Anton no pudo evitar reírse burlonamente. «¡Sí, Olga siempre consigue que todo el mundo haga algo por ella!», pensó.

En voz alta dijo:

—¿Bien educada? Qué raro, porque se acaba de marchar de casa y ni siquiera se ha despedido... ¿O sí que lo ha hecho?

—¿Ya se ha marchado? —preguntó atónita la madre de Anton—. Hummm —dijo ella después de dudar un poco—. Lo mismo es que *tú* la has ofendido.

—¿Yo? —se indignó Anton—. ¡Si yo no soy capaz de hacer daño ni a una mosca!

—Entre una mosca y una chica guapa hay una diferencia inmensa, mi querido Anton —repuso su padre sonriendo satisfecho.

—Bah, pues hay muchas chicas que vuelan —contestó Anton alegrándose de la cara de estupefacción que se les quedó a sus padres.

Cogió la bandeja con los sándwiches y se volvió a su habitación.

Chicas que vuelan... Miró suspirando la ventana abierta y pensó en Anna... y en que tenía que hablar con ella del Doctor Gans. Pero Anna no fue y Anton la estuvo esperando en vano.

La noche siguiente los padres de Anton se iban a ir a un baile, a una escuela de baile.

—¡No entiendo cómo puede haber alguien que vaya *voluntariamente* a una escuela! —observó Anton.

—Y nosotros tampoco entendemos cómo puede haber alguien que se arregle voluntariamente como tú —contraatacó su madre.

Anton se rio para sus adentros. Ya después de comer se había maquillado la cara como un vampiro... con crema para bebés, polvos de talco y lápiz negro para las cejas; en parte por placer y en parte para darle una sorpresa a Anna.

—Pse —dijo Anton mirando el vestido rojo y muy escotado que llevaba puesto su madre—, lo que para unos es su traje de noche para otros es su capa de vampiro.

El padre de Anton soltó una carcajada.

—¿Capa de vampiro? ¿Y dónde *está*, si me haces el favor, tu capa de vampiro?



—No me la pondré hasta que no os hayáis marchado —declaró muy digno Anton.

—¡Muy gracioso! —dijo su madre sin reírse.

—Y luego, disfrazado de vampiro, verás películas de terror, ¿no? —preguntó de buen humor el padre de Anton.

—No estaría mal... —dijo Anton—, pero hoy solamente puedo elegir entre *Los Alegres Músicos Pueblerinos* y *El Guardabosques de la Selva de Plata*.

Y ante eso prefiero ponerme a leer.

—¡Bueno, pues a pesar de todo, que te diviertas! —le deseó su padre.

—Y no te olvides de limpiarte el maquillaje antes de meterte en la cama —añadió la madre de Anton.

—¡Igualmente! —contestó él, alegrándose al ver que su madre se ponía colorada.

Vampirescamente buena

Anton estuvo esperando a que oscureciera. Entonces se puso la capa de vampiro y salió al pasillo para mirarse en el espejo grande del guardarropa. Excepto por el pelo, que lo llevaba aún demasiado liso y demasiado normal, tenía realmente buena pinta... ¡Vampirescamente buena!

Entonces, de repente, oyó que la puerta de su habitación se abría sin hacer apenas ruido. Se dio la vuelta... y vio una pequeña y blanca figura que acechaba el pasillo.

En un primer momento Anton se asustó, pero inmediatamente después se dio cuenta de que era Anna.

—¡Hola, Anna! —exclamó con alegría.

Ella salió de detrás de la puerta y dijo aliviada:

—¡Anton! ¡No estaba del todo segura de que fueras tú!

—Sí, tengo un aspecto realmente extraño, ¿verdad?

—¿Extraño? —preguntó Anna con una risita—. No, todo lo contrario. ¡Si por mí fuera, tendrías siempre ese aspecto!

Anton comprendió entonces a qué se estaba refiriendo Anna y carraspeó.

—Solamente tenía ganas de disfrazarme —dejó bien claro para impedir que Anna se hiciera ilusiones; y es que su intención de *no* convertirse en vampiro no había cambiado para nada.

—Sea como sea, no está nada mal que te hayas disfrazado —dijo Anna, que, afortunadamente, parecía no haberse tomado a mal su sinceridad—, porque esta noche vamos a ser testigos de un acontecimiento extraordinario: ¡Tía Dorothee e Igno Rante ensayando para sus esponsales!

—¿Testigos? ¿Nosotros?

La mirada de Anton se fijó en el espejo. Le invadió un ligero horror al no ver reflejada en él a Anna, que estaba de pie a su lado.

—No tengas miedo, sólo miraremos desde fuera —le tranquilizó Anna.

—¿Y cómo es que tienen que ensayar para sus esponsales? —preguntó amedrentado Anton.

—Porque Igno Rante no está suficientemente familiarizado con las viejas costumbres y los viejos usos; al fin y al cabo, no procede de la antiquísima nobleza vampiresca transilvana como nosotros —dijo Anna, a la que se le notó el orgullo en la voz—. Pero, chiss. Lo del ensayo debe permanecer en secreto.

—¿En secreto?

—Sí, el resto de mi familia no debe enterarse de nada. Tía Dorothee sólo se lo ha contado confidencialmente a Lumpi... y a mí, porque yo —dijo susurrando— tengo que volver a hacer de vigilante y encargarme de que nadie de la familia pueda ver a Tía Dorothee y a Igno Rante ensayando.

—¿Y dónde hacen el ensayo?

—En Villa Vistaclara. ¡Pero ahora vámonos ya, que si no van a empezar sin nosotros!

Anton se pasó la mano por el pelo.

¿Qué sería lo que hacía latir su corazón tan inquieto? ¿El fuerte olor a rosas de «Muftí Amor

Eterno» que desprendía Anna o la perspectiva de asistir al ensayo de los esponsales?

Anton pensó en la tarde del día anterior... y en el Doctor Gans.

—Antes tengo que hablar contigo sin falta de una cosa —dijo.

Espera un poquito

—¿De qué? —preguntó Anna no muy interesada, según le pareció a Anton.

—¿Te acuerdas —empezó Anton— de la furgoneta de color cardenillo que te encontraste delante de Villa Vistaclara?

—¿Que me encontré? Sólo vi cómo se ponía en marcha.

—¡El coche ese estaba ayer por la tarde otra vez delante de Villa Vistaclara! ¡Se apeó de él un hombre que *tenía*, que ser el Doctor Gans!

—Ah, ¿de verdad? —dijo Anna sonriendo—. ¿Es que se presentó?

—¡No, claro que no! —dijo Anton descontento porque Anna no parecía tomarle nada en serio—. Pero es que el hombre era alto y delgado.

Y exactamente así describió el ebanista de ataúdes a su tacaño cliente... ¡el de la furgoneta de color cardenillo! ¡Y eso significa que, efectivamente, existe relación entre Igno Rante y el Doctor Gans!

—¿Y qué más? —preguntó Anna con una sorprendente falta de interés.

—¡El Doctor Gans entró en Villa Vistaclara con una bolsa de farmacia en la mano! —informó Anton..., más excitado de lo que realmente hubiera querido.

—¿Con qué? —preguntó Anna.

—Con una bolsa de farmacia. Y en el coche llevaba un manual de medicina: *Decidir no cuesta nada*.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No te lo imaginas? Quizá Igno Rante... se ha puesto enfermo.

—Podría ser —opinó Anna—. Pero eso vamos a saberlo inmediatamente con el ensayo general. ¡Venga, vámonos volando!... ¿O es que acaso no estás solo? —preguntó mirando hacia la puerta de la sala de estar, que estaba cerrada.

—Sí... —dijo vacilando Anton.

Tenía que lograr contarle más a Anna de lo que sospechaba; de lo que realmente sospechaba. Lo de la bolsa de la farmacia no era más que una parte de su indignación. Era, por decirlo de alguna manera... ¡la punta del ataúd!

—¿A qué estás esperando ahora? —preguntó impaciente Anna.

—Es que el Doctor Gans... —dijo Anton carraspeando—. Sospecho que es el... ¡el ayudante de Igno Rante!

Anna soltó un grito furioso.

—¡Y si lo es, ¿qué?! Sabes perfectamente que no tengo ni el más mínimo interés en seguir espionando a Igno Rante. ¿Me has oído? ¡Ni el más mínimo interés!

Ella inspiró y expiró excitada y cerró los puños.

—Sí, sí —dijo cortado Anton retrocediendo un paso.

Anna entonces sonrió y con una voz muy tierna dijo:

—Si he venido aquí ha sido por el ensayo de esponsales de Tía Dorothee... y porque para ti y

para mí es una ocasión única.

—¿Para ti y para mí? —repitió Anton temiéndose lo peor.

—Sí, al fin y al cabo *tú* tampoco estás nada familiarizado con nuestros viejos usos y costumbres —dijo Anna.

Anton carraspeó.

—¡Pero al revés que Igno Rante, *yo* no quiero comprometerme! —contestó muy digno.

—A mí me pasa exactamente igual —dijo Anna sonriendo pícaramente—. Yo tampoco quiero comprometerme... Aún no.

Ella se fue corriendo a la puerta de la habitación de Anton.

—¡Ven! —exclamó—. ¡Que, si no, lo mismo nos perdemos lo más importante!

Cuando ya iban volando el uno al lado del otro, Anton preguntó cautelosamente:

—¿Y no crees que Tía Dorothee podría sospechar si miro desde fuera?

—Seguro que no —dijo Anna—. ¡Con el aspecto tan vampiresco que tienes esta noche!... Y, además, Tía Dorothee sólo tiene ojos para su Igno... y para los anillos de compromiso.

—¿Ya tienen anillos?

—¡Pues claro que sí! ¿No sabes lo que significa el anillo?

—No.

—Un anillo de oro —le explicó solemnemente Anna—, que no tiene principio ni final, significa que también el amor será infinito. Y el oro significa fidelidad eterna.

—Ajá —dijo Anton..., contento de que una nube hubiera tapado la luna. ¡Anna no tenía por qué ver que se había puesto colorado!

—En realidad, Igno Rante no debería ver los anillos de compromiso hasta mañana —le contó Anna—, pero para la colocación de los anillos hay unas reglas muy especiales y, por eso, Tía Dorothee quiere que él haya ensayado ya previamente esa parte de la ceremonia de esponsales.

—¿Y qué reglas son?

—Te pica la curiosidad, ¿eh? —dijo Anna con una risita—. ¡Espérate un poquito!

«¿Espérate un mordisco^[1]?», pensó Anton sintiendo cómo se le ponía la carne de gallina.

¿No habría sido mejor quedarse en casa aquella noche y dejar a los vampiros con sus propios usos y costumbres?... Por otra parte, sin embargo, le tentaba mucho ver cómo se ensayaban unos esponsales de vampiros..., pero sin segundas. ¡Y es que él no quería convertirse en vampiro!

—Ya hemos llegado —le oyó susurrar a Anna.

Ni cien horas

Anton reconoció entonces los oscuros contornos del depósito de agua. Anna dio una curva en pleno vuelo y luego aterrizó en la copa de un árbol que había prácticamente enfrente de Villa Vistaclara. Anton, que la había seguido, acechó con un estremecimiento los negros muros de la vieja villa.

Volvió a invadirle la desagradable sensación de que Villa Vistaclara tenía un rostro, un rostro maligno y sombrío que les estaba mirando hostil y fijamente.

Respiró aliviado cuando oyó la voz confiada de Anna:

—¡Será mejor que me esperes aquí en el árbol! Voy a echar un vistazo por la villa y si está todo en orden te haré una señal.

—¿Una señal?

—Sí, haré tres veces el grito de la lechuza... ¡De una lechuza enamorada!

Anton iba a replicar que seguramente no reconocería un grito de lechuza enamorada, pero prefirió callárselo.

En tensión, siguió con la vista a Anna mientras ella volaba hasta Villa Vistaclara y aterrizaba ante la puerta de la casa, condenada con tablones. Inmediatamente después se la tragó la oscuridad.

Como ya no veía a Anna, Anton notó cómo se le aceleraba de pronto el corazón. ¿Y si aparecía allí realmente alguno de los parientes de Anna y de Rüdiger para espiar a Tía Dorothee e Igno Rante?... La copa del árbol no ofrecía demasiada protección; por lo menos no contra un vampiro...

Se frotó nervioso la barbilla y notó que tenía la piel húmeda y pringosa.

Se examinó la mano... y estuvo a punto de pegar un grito de alivio: ¡lo que tenía pegajoso en la punta de los dedos era la blanca crema para bebés!

Anton no pudo reprimir una risita burlona.

—¡No tengo por qué tener ningún miedo! ¡Por lo menos no de los vampiros! —se dijo a sí mismo—. ¡Esta noche yo también soy uno de ellos!

En aquel momento llegó desde la otra acera un prolongado «ujú, ujú» que se repitió dos veces más. ¡Aquella era la señal de Anna!

Y sólo podía significar que allí todo estaba en orden..., ¡si es que se podía hablar de «orden» en el ensayo de unos esponsales entre vampiros!

Cautelosamente, Anton movió un par de veces los brazos y echó a volar.

Anna le estaba esperando en el camino cubierto de maleza que rodeaba Villa Vistaclara.

—Hemos llegado en el momento justo —le informó susurrando—. El ensayo general va a empezar dentro de pocos minutos.

—¿Y de verdad que no participa nadie más, aparte de Tía Dorothee e Igno Rante? —quiso asegurarse otra vez Anton.

—¡Sí, Lumpi! ¡Te has olvidado de Lumpi! —repuso Anna—. Pero más vale olvidarse de él

—dijo después de una pausa—. ¡Lumpi está de un mal humor!...

—¿Lumpi está de mal humor? —repitió preocupado Anton.

¡Lumpi entonces estaría aún más imprevisible y más pendenciero que de costumbre!

—Sí, está enfadado porque ha tenido que dejar plantados a los de la Asociación Filarmónica para Hombres.

Anna soltó una risita y luego, tocando la capa de él, añadió tiernamente.

—De todas formas, si *tú* no estuvieras conmigo, tampoco tendría ninguna gana de estar aquí vigilando. ¡Vamos!

—Pero miraremos sólo desde fuera, ¿verdad?

—Sí, claro. Tía Dorothee ha limpiado incluso las ventanas del sótano a propósito.

—¡¿Qué?! ¿Ha limpiado las ventanas del sótano? —preguntó Anton tragando saliva—. Entonces..., ¡entonces me va a descubrir!

Anna sacudió enérgicamente la cabeza.

—No. Lo primero, Tía Dorothee estará hoy única y exclusivamente pendiente de que Ignorante lo haga todo correctamente. Y segundo, que al lado de la ventana de la izquierda crece un hermoso y espeso matorral tras el que te puedes esconder.

—¿Y entonces por qué ha limpiado Tía Dorothee las ventanas del sótano si no va a mirar hacia fuera? —preguntó suspicaz Anton.

—¡Lo ha hecho por mí! —contestó llena de orgullo Anna—. Tengo que prestar mucha atención y aprendérmelo todo muy bien..., para el futuro, ¡para mis propios esponsales!

Al decir aquello pellizcó en el brazo a Anton, tan fuerte que éste soltó un grito reprimido.

—¡Pues tú sí que conoces los viejos usos y las viejas costumbres! —replicó frotándose la zona dolorida.

—Así, en general, sí —le dio la razón Anna—, pero desde los últimos esponsales entre vampiros han pasado más de cien años. Y la mejor forma de aprender es ver las cosas uno mismo con sus propios ojos... ¡Vieja sabiduría vampiresca!... ¡Para los próximos esponsales no tendremos que esperar otros cien años! ¿No opinas lo mismo? —preguntó inmediatamente después, sin poder reprimir la risa.

Rápidamente se tapó la boca con la mano.

—Ni cien *horas* —replicó Anton en un tono marcadamente ceremonioso... y haciendo como si no hubiera comprendido la insinuación de ella—. ¡Después de todo, los próximos esponsales se van a celebrar ya mañana por la noche, ¿no?!

Anna soltó un soplido de descontento y decepción.

—Vamos —siseó volviéndose bruscamente.

—¡Espera! —dijo Anton—. Yo..., yo no quería ofenderte. ¡Lo único que pasa es que estoy en contra de todos los esponsales en general!

—Sí, general la mala uva que tienes —gruñó Anna—. ¡Eres capaz de aguarle la fiesta a cualquiera!

—¡Cómo se te ocurre pensar eso! —se hizo el indignado Anton—. ¿Acaso habría venido contigo aquí entonces?

—Qué sé yo por qué has venido aquí conmigo —bufó Anna—. ¡Probablemente por Olga!

Ni un pimiento

—¡Segurísimo que no! —contestó entonces una voz chillona.

La voz procedía del alto seto que separaba el lado izquierdo del descuidado jardín de Villa Vistaclara de la finca vecina. Presintiendo lo peor, Anton miró hacia allí... y, efectivamente, vio a Olga saliendo del seto seguida por el pequeño vampiro.

Por debajo de la capa de Olga asomaba la blanca puntilla y sobre sus cabellos rubio platino se bamboleaba el inevitable lazo, que esta vez era de color rosa claro.

—¡No te vayas a creer, Anna! —dijo despreciativa Olga, que, con la cabeza muy erguida, se dirigió muy ufana hacia Anna dejando de lado a Anton—. A Anton Bohnsack te lo puedes quedar para ti. ¡A mí no me gusta ni un pimiento!

Y con voz empalagosa, añadió:

—¡A mí me gustan los chicos fuertes y valientes!... ¡Como Rüdiger!

—¿De verdad? —dijo Anna riéndose con burla—. La opinión que antes tenías de él era totalmente distinta.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el pequeño vampiro—. Es que yo antes era un cobarde y un mediocre.

—Vámonos, Rüdiger —susurró Olga— antes de que tu hermana pequeña con su nene de biberón nos tape la vista.

—Supongo que no iréis a mirar el ensayo de los esponsales de Tía Dorothee e Igno Rante, ¿no? —preguntó alarmada Anna.

—Oh, sí, eso es justo lo que vamos a hacer —repuso fríamente Olga.

—Pero... —objetó Anna (y se pudo oír su jadeo)—. ¡Me han encargado de que cuide de que nadie les observe!

—Ah, ¿sí? —dijo Olga señalando con una inclinación de cabeza a Anton—. ¿Y el vampiro de carnaval ése sí le puedes dejar mirar?

A pesar de la oscuridad, Anton pudo ver que Anna se había puesto colorada.

—Venga, Rüdiger —ordenó Olga—, vamos a buscarnos una ventana. ¡Olga, la señorita Von Seifenschwein, sólo se merece el mejor sitio! ¡Ja!

A Anton le hubiera gustado contestarle algo fuerte, pero se limitó a cerrar los puños furioso. ¡Seguramente no sería muy aconsejable pelearse ahora con Olga!

El pequeño vampiro se quedó parado frente a Anton y con una risa burlona y conspiradora dijo:

—Te has quedado de una pieza, ¿eh? Pero yo siempre he sabido que mi Olga iba a regresar... ¡y que entonces me vería con otros ojos!

—Vale, vale, y ahora ven ya de una vez —contestó bruscamente Olga—. ¿O acaso quieres que me pierda todo el ensayo general de los esponsales?

Las últimas palabras las lanzó casi como si fueran una amenaza.

—¡Por supuesto que no! —aseguró rápidamente el pequeño vampiro.

—¡¿Qué?! ¡¿Lo ves?! —dijo Olga con una risita.

Y dirigiéndose a Anna observó:

—¡Si tú supieras lo que me ha insistido Rüdiger para que viniéramos aquí esta noche!

—¿De veras? —preguntó Anna, que no parecía muy convencida.

—¡Insistir es poco! —exclamó Olga, que de repente ya no parecía tener ninguna prisa.

Se echó hacia atrás su capa de vampiro, de tal forma que se le vio el típico vestido rojo con su blanquísimo delantal, y entonces suspiró:

—Me ha rogado de rodillas que yo viera cómo pronunciaba Igno Rante su juramento y cómo le ponía el anillo Tía Dorothee.

El pequeño vampiro tosió apocado y dijo:

—¿De rodillas? Bueno, ahora estás exagerando un poco. Y, además..., yo creo que eso a Anna y a Anton no les incumbe.

—Es verdad —dijo con voz aflautada Olga—, eso a tu hermana pequeña y a Anton Erbsensack^[2] realmente no les incumbe. Pero..., es que de pronto me han entrado ganas de contárselo.



Con la punta de los dedos se puso tieso el lazo.

—Mi pobre, querida y santa madre, Thusnelda von Seifenschwein-Thunichtguth, siempre decía: Olga, palomita mía, qué parlanchina eres.

—¿Olga palomita mía? —repitió Anna—. ¡Eso es un insulto para cualquier paloma decente!

—¿Qué es lo que estás diciendo? —bramó el pequeño vampiro—. ¿Quieres insultar a Olga?

—Sólo he dicho lo que pienso —replicó Anna—. Y eso no puede prohibírmelo nadie.

—Déjala —dijo Olga con fingida indiferencia—. Sólo lo dice porque tiene envidia.

—¿Envidia? ¿Y de qué iba yo a tener envidia, dime? —preguntó incisiva Anna.

—Por ejemplo, de Rüdiger —contestó Olga cogiéndole del brazo al pequeño vampiro—. *Mi* novio no tiene que pintarse la cara de una forma tan estúpida como el tuyo. Y además: *mi* novio siempre tiene tiempo para mí, siempre y por siempre jamás. ¿Verdad que sí, Rüdiger?

—¡Sí, siempre y por siempre jamás! —confirmó solemnemente el pequeño vampiro.

—¿Has oído, Anna? —dijo Olga en tono triunfal—. Tú eso no puedes ni soñarlo con tu ridículo Anton, que tiene que estar todos los días en la cama a las nueve de la noche. Rüdiger y yo, por el contrario, somos libres... Somos libres y sin compromiso.

—¿Sin compromiso? —preguntó Anton riéndose secamente. Estaba pensando en Hugo el Peludo. Olga se había ido con él, volando desde Viena hasta allí, y seguro que el pequeño vampiro aún no sabía nada de su existencia.

—¡Efectivamente! —reafirmó Olga—. *Nosotros* podemos estar juntos siempre que queramos.

—¿Siempre que queráis? Entonces me parece que va a ser muy pocas veces —repuso Anton.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó enronquecido el pequeño vampiro.

—Bueno... —dijo Anton riéndose burlón—, por lo que yo conozco a Olga, *ella* no va a querer muy a menudo.

—¡Bah! —exclamó furiosa Olga—. Tú no me conoces ni lo más mínimo... ¡Tallo de judías! Sacudió al pequeño vampiro y bufó: —¡Vamos, Rüdiger, en marcha! ¡Ya hemos perdido bastante el tiempo!

—Sí, vámonos —contestó taciturno el pequeño vampiro.

Sin decir ni una sola palabra ni dirigirle la mirada a Anton, desapareció por el oscuro camino del brazo de Olga.

Espectadora autorizada..., y encima de gorra

—¡Por fin has visto con tus propios ojos qué alimaña es Olga von Seifenschwein! —dijo furibunda Anna—. Lo que me gustaría saber es qué se esconde detrás de ese cambio suyo tan extraño.

—¿Te refieres a que Olga sea de repente tan simpática con Rüdiger?

—No. ¡Lo que me asombra es lo mal que te trata de repente *a ti!*

—Bah, eso... —dijo Anton con una tosecilla—. Es que aún no te lo había dicho... Ayer por la noche estuvo en mi casa.

—¿En tu casa? ¿Otra vez? —exclamó indignada Anna.

—Sí. Incluso llamó al timbre de la puerta. Mis padres la abrieron y me estuvo esperando en mi habitación.

—¿Y qué era lo que quería de ti?

—Invitarme. Invitarme a que el domingo la acompañara a la ceremonia de esponsales.

—¡No! —se le escapó a Anna.

—Sí —dijo Anton.

—¿Y entonces?

—Yo rechacé la invitación, naturalmente.

—¿Rechazaste la invitación?

—Si *tú* no ibas a estar en la ceremonia está claro que yo tampoco iba a ir —contestó él... bastante pomposo según le pareció. Anna, sin embargo, suspiró conmovida.

—¡Segurísimo que Olga no contaba con una negativa! —dijo ella.

—Se puso completamente pálida —la informó Anton—. Y entonces se largó de allí volando sin más.

Anna soltó una risita y dijo:

—Ahora ya entiendo por qué te ha tratado tan miserablemente esta noche: ¡porque sigue estando terriblemente decepcionada y furiosa!

—Pues a mí eso me trae sin cuidado —aseguró Anton.

Y enlazando con las anteriores palabras de Olga, cuando se había metido con él, añadió:

—Por mí puede tratarme aún más miserablemente si quiere. ¡No me importa ni un pimiento! ¡Ni un pimiento con lacito!

No le quedó más remedio que reírse.

—Te agradezco enormemente que no quisieras ir con Olga a la fiesta de Tía Dorothee —dijo con ternura Anna—. Me habría ofendido muchísimo. ¡Eres verdaderamente un amigo, un auténtico amigo!

Anton se puso colorado.

—¿Por qué no vamos a ver por dónde van ya Tía Dorothee e Igno Rante con el juramento y los anillos? —preguntó.

—Sí, deberíamos darnos prisa —le dio la razón Anna—. Quizá no hayan empezado todavía

por algún motivo.

Ella fue delante y Anton la siguió. Pasaron por delante de la claraboya por la que entró él en Villa Vistaclara la primera vez; pasaron por delante de la quebradiza escalera y la puerta del sótano, cuyo fuerte candado brillaba atractivamente a la luz de la luna, y pasaron por delante de las ventanas que daban al jardín, condenadas por tablones cuidadosamente clavados.

Anna se movía sin hacer absolutamente ningún ruido y Anton hacía todo lo posible por imitarla, aunque allí, en la fachada trasera de Villa Vistaclara, no se viera ni se oyera a nadie. En la parte derecha de la villa había, sin embargo, otras dos ventanas aseguradas con fuertes barrotes de hierro que daban al sótano. Anton se acordaba muy bien de eso. Era de suponer que aquellas serían las ventanas que Tía Dorothee había limpiado ex profeso para Anna...

Y efectivamente: cuando doblaron la esquina de la casa, Anton vio un resplandor procedente de las ventanas a ras del suelo que iluminaba fantasmagóricamente los viejos y nudosos árboles de jardín.

Fue entonces cuando Anton vio las dos figuras completamente envueltas en sus capas, agachadas a algunos pasos de distancia de la ventana delantera (según desde donde miraba él). Eran Olga, cuyo lazo sobresalía por debajo de la negra tela, y, detrás de ella, el pequeño vampiro. Probablemente desde esa distancia podían ver justo lo que pasaba dentro del sótano sin temor a ser descubiertos por Tía Dorothee, Igno Rante y Lumpi.

—¡Por lo menos no están bloqueando nuestra ventana! —siseó Anna.

—¿Nuestra?

—Sí, junto a la otra ventana está el matorral tras el que te tienes que esconder. ¡Ven, vamos a hacer como si para nosotros no estuvieran!

Anna dio un rodeo a Rüdiger y a Olga y luego se sentó delante de la segunda ventana, pegada directamente a los barrotes de hierro. Pero ella no tenía por qué tener miedo de que la vieran. Todo lo contrario: ¡ella era una espectadora autorizada... y encima de gorra!

Anton se echó aún más hacia la frente la capa de vampiro y se acercó de puntillas al matorral. Lo único que rogaba era que la crema para bebés no brillara en la oscuridad...

Afortunadamente, el matorral era tupido y Anton pudo sentirse hasta cierto punto seguro. Se agachó y se puso a observar el interior del sótano.

Aire fresco

Tuvo ante sus ojos un cuadro curiosísimo. Anton esperaba ver a Tía Dorothee, a Igno Rante y a Lumpi muy atareados yendo de un lado para otro. O sea, exactamente como se imagina uno que es un ensayo general.

En lugar de ello, en la habitación iluminada por numerosas velas vio una escena que parecía completamente paralizada: Igno Rante estaba sentado en la cabecera de su gran ataúd marrón. No, sentado no, estaba echado. Anton advirtió asombrado que Igno Rante tenía gotas de sudor en la frente.

Tía Dorothee estaba de pie junto al ataúd. Llevaba un vestido sin mangas de una tela negra brillante, largos guantes negros, varios collares de oro, un brazalete de oro y, en su pelo, artísticamente peinado, una diadema de oro.

El gesto de insatisfacción con el que observaba a su futuro esposo no encajaba, sin embargo, con su festiva indumentaria de boda.

Ella entonces miró hacia Lumpi, que había tomado asiento en el escritorio de Igno Rante.

Ella dijo algo y Lumpi se levantó lentamente. Bostezó un par de veces y luego —Anton, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás— cruzó la habitación del sótano a cámara lenta y abrió la ventana de la derecha.

Volvió a bostezar, con los ojos cerrados; así que no se dio cuenta de cómo Olga y Rüdiger se apartaban de allí a toda prisa.

Inmediatamente después, Anton oyó cómo Lumpi, con voz monótona, anunciaba:

—Aire fresco. Aire fresco para el señor Rante.

—¡Espero que sirva de algo! —dijo Tía Dorothee.

Efectivamente, allí abajo, en el sótano, parecía que faltaba aire, porque la nube de «perfume» que salió por la ventana casi le provocó un ataque de tos a Anton. Era una mezcla indescriptible de perfume de lirios del valle, huevos podridos, barritas aromáticas y moho.

¿Se habría desmayado Igno Rante con aquel olor? Tía Dorothee y Lumpi, sin embargo, daban la impresión de estar completamente normales. Pero ya se sabe que los vampiros tienen un concepto diferente de qué es lo que huele bien y qué es lo que huele mal. De todas formas, por lo que Anton sabía, Igno Rante era el primer vampiro que había perdido el sentido a causa del mal olor.

—¿Es el corazón? —preguntó Tía Dorothee con voz compasiva.

—¿El corazón? —repitió Igno Rante sacando del bolsillo de fuera de su traje negro un pañuelo de color lila y secándose la frente—. Hummm, sí, podría ser. Esta noche me late como loco.

Tía Dorothee se acercó más al ataúd.

—¿O es que has cogido frío? ¿Quieres que Lumpi vuelva a cerrar la ventana?

—¿La ventana? ¡No, no, eso sí que no! —contestó apresuradamente Igno Rante—. El..., el aire fresco me hace muchísimo bien.

«¡Afortunadamente!», pensó Anton, pues de lo contrario no habría podido entender casi nada

de lo que decían allí en el sótano.

—¿Quieres que mire a ver si tienes fiebre? —se ofreció Tía Dorothee.

—¿Fiebre? —dijo Igno Rante dando un respingo y visiblemente espantado—. ¡Oh, no! —exclamó—. Eso está completamente descartado. Seguro que no tengo fiebre; es completamente imposible. Y, además, deberíamos continuar. De veras, mi querida Dorothee, ya me siento mucho mejor. Ese breve descanso ha hecho milagros.

—¿De verdad? —dijo Tía Dorothee dudándolo.

—¡Verdaderos milagros! —se reafirmó Igno Rante levantándose del ataúd con piernas temblorosas.

Tía Dorothee le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, muy bien —afirmó Igno Rante.

Anton se inclinó para no perderse absolutamente nada... y entonces, de repente, Tía Dorothee volvió la cabeza y miró hacia la ventana, justo hacia donde estaba él. Anton se quedó paralizado del susto. Tenía la sensación de que hasta la sangre se le había helado en las venas.



—Ah, eres tú —oyó que decía la voz de Tía Dorothee.

Lo único raro fue que sus palabras no sonaron nada excitadas ni sanguinarias; sonaron más bien como si fueran una mera constatación...

Hasta que Anna no contestó que sí, que era ella, Anton no comprendió que el interés de Tía Dorothee no se centraba para nada en él, sino en Anna, la espectadora autorizada.

—¿Lo ves bien? —preguntó Tía Dorothee.

—Sí —confirmó Anna.

—¡Presta mucha atención y apréndetelo todo muy bien! —la instó Tía Dorothee.

—Estaré muy atenta —aseguró Anna.

—Lumpi debería tomar ejemplo de ti —observó furiosa Tía Dorothee señalando a Lumpi, que parecía estar dormido de pie—. ¡Como no se esfuerce tendréis que cambiaros!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anna.

—Muy sencillo: que *tú* te vendrás aquí abajo y Lumpi se irá fuera a vigilar.

—¡Oh, no! —balbuceó Anton..., pero en voz tan baja que seguro que Tía Dorothee no le oyó.

—Lo único que tienes que hacer es que se anime, Tía Dorothee —replicó Anna—. Cuéntale que Jörg el Colérico le tiene preparada una sorpresa para él; una nueva manta guateada, por ejemplo... ¡Eso le pondrá en marcha!

De repente Lumpi se despertó totalmente.

—¡Ja, no son más que mentiras! —tronó—. ¡Yo no me dejo engañar así! ¡Sé muy bien que Jörg el Colérico se ha ido volando a Ámsterdam!

Anna soltó una risita.

—¿Ves cómo es fácil conseguir que te animes?

Lumpi resopló furioso y le enseñó los puños a Anna.

—¡Se acabó ya! —dijo enérgicamente Tía Dorothee—. Vamos a seguir de una vez.

Y dirigiéndose a Igno Rante, susurró:

—¿No es verdad, querido mío, que deberíamos continuar?

—Sí, querida mía —convino Igno Rante con voz opaca.

—¡Pues entonces venga! —exclamó Tía Dorothee.

Se irguió y llevando a Igno Rante a remolque abandonó la habitación del sótano.

¡Que entren los novios cabales!

Durante un instante Anton tuvo la terrible sospecha de que Tía Dorothee e Igno Rante aparecerían allí fuera. Sin embargo, oyó en seguida cómo daban tres fuertes golpes en la puerta de abajo, del sótano. ¡Lo de salir o, mejor dicho, lo de entrar parecía formar parte del ritual de la ceremonia de esponsales de los vampiros!

En ese mismo momento resonó un grito agudo. Anton se dio la vuelta... y vio cómo Olga se iba corriendo de allí. El pequeño vampiro la seguía pisándole los talones.

—¡Rüdiger! —murmuró Anton..., pero los dos ya habían desaparecido entre los árboles.

—Alégrate de que se hayan marchado —susurró Anna—. Sobre todo, Olga... ¡Ha estropeado el buen ambiente que reinaba!

«¿Que me alegre?», pensó Anton. Los fuertes golpes en la puerta debían de haberle recordado a Olga aquella terrible noche en Transilvania, cuando los cazadores de vampiros irrumpieron en el castillo de los Seifenschwein y aniquilaron a sus padres. Desde entonces a Olga cualquier llamada fuerte a una puerta le producía pánico.

Y por eso Anton no pudo alegrarse del todo de la huida de Olga; más bien sintió pena por ella. ¡Pero eso era mejor no decírselo a Anna!

Entretanto, Lumpi, bostezando y arrastrando los pies, había llegado a la puerta y la había abierto. Anton aguardó expectante a ver qué ocurría, pero sólo oyó la voz de Tía Dorothee.

—¡La sentencia, Lumpi!

—Ah, sí, la sentencia —dijo Lumpi.

—No se te habrá olvidado, ¿no?

—No, sólo que ya no me acuerdo.

—¡Idiota! —bufó Tía Dorothee—. ¡Piensa!

—Sí, sí —dijo Lumpi rascándose la punta de la nariz; y parece que eso sirvió—. Que entren los novios cabales, los Von Schlotterstein joviales celebran hoy esponsales —dijo con voz monótona.

—¡Eh, no tan mecánicamente! —le reprochó Tía Dorothee—. Tienes que decirlo con la entonación debida. Así:

«¡Que entren los *novios* cabales! ¡Los Von *Schlotterstein*, joviales, celebran *hoy* esponsales!»

—Venga —siguió diciendo Tía Dorothee—, inténtalo de nuevo... ¡y esfuézzate todo lo que puedas!

Lumpi suspiró y luego volvió a decir la sentencia, esta vez con más energía. Inmediatamente después, Tía Dorothee entró en la habitación del brazo de Igno Rante y con una sonrisa «de esponsales» en los labios.

Se detuvo ante el ataúd, inclinó la cabeza como si fuera una tímida novia y susurró:

«Recibimos con el alma agradecida vuestra cordial bienvenida. Así ante vosotros estamos y el comienzo con gozo esperamos.»

—¡Y ahora tú! —dijo luego dándole un codazo a Igno Rante.

—¿Yo? —murmuró él.

—¡Sí! Tienes que decir: «Como pretendiente estoy aquí»...

—Ah, sí.

Igno Rante se secó una vez más su sudorosa frente antes de empezar a hablar:

«Como pretendiente estoy aquí y os pido me deis el sí.»

—¡Excelente! —le elogió Tía Dorothee. Luego le ordenó a Lumpi:

—¡Ahora te toca a ti!

Lumpi, que se había quedado de puntillas y con la mirada absorta, se estremeció.

—¿Qué?... ¿Otra vez?

—Sí. ¡*Tú* tienes que hacer de madrina! Anna reprimió una risita tapándose la boca con la mano.

—¡Lumpi de *madrina*!

Lumpi le lanzó a Tía Dorothee una mirada furiosa.



—No puedo acordarme de tantas sentencias —gruñó.

—Mira la hoja —repuso desabrida ella—. ¿O crees acaso que lo he escrito para pasar el rato?

Lumpi no respondió nada, pero metió la mano bajo su capa y sacó un trozo de papel arrugado y lo desdobló con la punta de los dedos:

Con indiferencia empezó a leer en voz alta:

«Oída ha sido tu propuesta, pero es costumbre nuestra que antes de la decisión tengamos una reunión.»

—Y ahora te toca a ti otra vez —le instó Tía Dorothee al sudoroso Igno Rante.

Y como no reaccionó, ella le apuntó:

—Sea así si es tradición...

—Sea así si es tradición... —repitió Igno Rante.

—¡Yo aguardo contestación! —completó enfáticamente Tía Dorothee.

Y como Igno Rante no daba señales de ir a repetir el texto, ella susurró:

—Sé bueno y repite el verso... ¡Hazlo por mí! Yo me quedaría más tranquila ante nuestra ceremonia de esponsales.

Igno Rante carraspeó y dijo:

«Sea así si es tradición, yo aguardo contestación.»

—¡Maravilloso! —se entusiasmó Tía Dorothee—. Con esto hemos superado ya brillantemente la primera parte de la ceremonia de esponsales... ¡Has estado magistral, mi querido Igno!

«¿Magistral?», pensó Anton poniéndolo en duda. A él la intervención de Igno Rante le había parecido más bien lamentable. ¡Al parecer, Tía Dorothee sufría una avanzada ceguera de amor parecida a la del pequeño vampiro!

—Desgraciadamente, el diálogo de los esponsales no lo podemos ensayar —dijo Tía Dorothee suspirando—. Pero tú pondrás tus cinco sentidos. ¿Verdad que sí, querido mío?

—Sí —contestó con voz ronca Igno Rante.

—Pues entonces pasemos al juramento de los esponsales —anunció Tía Dorothee—. ¡Lumpi, trae la crónica!

Polvo pasado

—¿Qué crónica? —preguntó Lumpi bostezando provocativamente.

—Nuestra crónica familiar, naturalmente —resopló Tía Dorothee—. ¡La Crónica de la Familia Von Schlotterstein!

Y con una sonrisa de burla añadió:

—¿Cuál va a ser, si sólo tenemos una?!

—Bah, —dijo Lumpi—, podía ser que vosotros hubierais empezado una propia: «También el otoño tiene sus noches doradas. La Crónica de un amor tardío». ¡Ja, ja, ja!

—¡Granuja! —bufó Tía Dorothee.

Durante unos segundos pareció que se iba a abalanzar sobre el cuello de Lumpi. Luego, sin embargo, se volvió muy digna y le dijo con voz aflautada a Igno Rante:

—Ven, querido mío, vamos a ocupar nuestros sitios mientras mi impertinente sobrino va a buscar la crónica familiar.

Lumpi masculló algo así como «¡siempre me toca a mí!» y se acercó al trote al escritorio.

Tía Dorothee se recogió el vestido y luego se fue hacia el lado derecho (según la posición de Anton) del ataúd. Afortunadamente, el ataúd estaba colocado de tal manera que Anton lo tenía en su campo visual desde la cabecera hasta los pies.

—Tienes que colocarte frente a mí —le instó Tía Dorothee a su prometido.

Igno Rante obedeció. Parecía estar aún más flojo y más enfermizo que antes, pero hacía grandes esfuerzos por ocultarlo. Y una vez y otra vez, sobre todo cuando Tía Dorothee no le miraba, se secaba el sudor de la frente con su pañuelo.

—Lumpi, ¿qué haces que tardas tanto? —exclamó Tía Dorothee impaciente, volviéndose hacia el escritorio sobre el que Lumpi, de pie, estaba agachado.

Anton sólo le podía ver sus anchas espaldas, pero suponía que Lumpi estaba hojeando la crónica.

—¡Lumpi, por todos los diablos! ¿Qué es lo que estás haciendo? —estalló Tía Dorothee al no obtener respuesta.

—Estoy embebido en la lectura —dijo apáticamente Lumpi.

—¿Embebido en la lectura? —puso el grito en el cielo Tía Dorothee—. ¡Lo que tienes que hacer no es leer, sino traer nuestra crónica para que podamos continuar!

—Es que he encontrado un episodio interesantísimo en el que tú le haces una capa nueva a Tío Theodor y por error has cogido una tela equivocada y el Tío Theodor está a punto de estrellarse —dijo Lumpi soltando una risotada.

—¡Eso ya es *polvo* pasado! —exclamó Tía Dorothee, que se había puesto coloradísima—. Son historias antiquísimas que ya no le interesan a ningún vampiro.

—Qué va, a mí sí —intervino entonces Igno Rante—. A mí me gustaría saber qué era lo que fallaba de la tela.

—Ya te lo explicaré después, querido mío —se apresuró a decir Tía Dorothee—. Y tú, Lumpi,

¿tenías que meter las narices en nuestra crónica familiar precisamente esta noche? ¡Durante años..., no, durante décadas no te habías interesado ni lo más mínimo por su contenido!

—Sí..., es verdad, pero es posible que eso cambie a partir de ahora —dijo Lumpi.

Y dirigiendo la vista hacia Igno Rante, añadió burlescamente:

—Habiendo en ella cosas tan interesantes...

—Déjate de chistes tontos —aulló Tía Dorothee—. ¡Tráenos la crónica de una vez, pero que sea rápido!

—Ya voy, ya voy —repuso Lumpi acercándose lenta y pausadamente al ataúd. Y como lo hacía leyendo la crónica, le faltó un pelo para chocarse contra Igno Rante.

—¡Qué falta de vergüenza! —le regañó Tía Dorothee—. Me voy a quejar de ti en el Consejo de Familia... ¡Maleducado!

Lumpi puso ojos de inocencia.

—¿Cómo me has llamado? ¿Maleducado? Pero, Tía Dorothee, ¿no decías tú misma que a mi edad es completamente normal que de vez en cuando esté un poco loco... en Babia? Eso es porque durante la pubertad las hormonas están un poco alocadas. ¡Son palabras textuales tuyas, tía!

—¡Vale, vale está bien! —transigió Tía Dorothee, y en tono más suave, añadió:

—Pero ahora colócate en tu sitio. Vamos a empezar con el juramento.

Lo que cuenta en la vida

—¿Que me coloque? —dijo Lumpi—. ¿Dónde?

—Aquí, a mi lado, naturalmente —respondió Tía Dorothee—. Ahora harás de madrina y de padrino, y ellos, como los miembros de la familia de mayor edad, se colocarán de pie en el extremo superior del ataúd.

—Vale —dijo Lumpi, yéndose a la cabecera del ataúd—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora abre la crónica por la doble página del árbol genealógico.

—¿La doble página del árbol genealógico? ¿Y dónde la encuentro?

—Si hubieras estudiado con un poco más de intensidad nuestra crónica familiar, sabrías que el árbol genealógico está justo en la mitad de la crónica..., ahí donde está cosida con fuertes hilos de oro.

—Ah, aquí.

Al parecer, Lumpi había encontrado la doble página.

—¡Oh, pero si estoy yo aquí! —dijo con una risa de autocomplacencia—. ¡En la rama más alta de nuestro árbol familiar!



—Pues claro que estás ahí —contestó Tía Dorothee en un tono ligeramente irritado.

Y luego, con una voz dulzona, añadió:

—Y el señor Rante también aparecerá ahí dibujado. En cuanto se haya convertido en uno de los nuestros. ¿No es verdad, querido mío?

—Sí —dijo Igno Rante, y tosió.

—Bueno, y para que mañana no haya nada que pueda salir mal vamos a ensayar ahora por último el juramento —declaró Tía Dorothee—. Para ello pondremos ambos nuestra mano izquierda sobre la crónica y entonces pronunciaremos el juramento de esponsales. ¿Estás

preparado, mi querido Igno?

—Yo..., ya no me acuerdo del texto —repuso cohibido Igno Rante.

—No hay motivos para ponerse nervioso, querido mío —le tranquilizó Tía Dorothee—. Yo empezaré.

Puso su mano sobre la crónica, que la estaba sosteniendo en alto Lumpi con cara de aburrimiento, y dijo:

«La amistad, del matrimonio seguida, es lo que cuenta en la vida.

Sobre la crónica familiar solemnemente juro serte fiel eternamente.

Si el juramento rompiera, véngate como una fiera.»

Anton, al que el juramento le resultaba familiar (con palabras parecidas le había hecho jurar a él el pequeño vampiro que no le hablaría a nadie de la crónica), no pudo evitar reírse burlonamente. «Lo que cuenta en la *vida*», pensó... «¡Eso no les pega demasiado a los vampiros!»

Sin embargo, volvió a ponerse serio en seguida, pues entonces oyó que Tía Dorothee decía con voz de reproche:

—¡Pero si no tenías puesta la mano sobre la crónica!... Tenemos que poner la mano sobre la crónica los dos; si no, el juramento no es válido.

—Hum, sí, sí... —dijo Igno Rante, y, vacilando, estiró su mano izquierda. Anton pudo advertir claramente cómo le temblaba.

Tía Dorothee dijo conmovida:

—Es un momento cautivador. ¿No es verdad, mi querido Igno?

—Sí, muy cautivador —contestó Igno Rante, y su voz también sonó temblorosa.

Carraspeó y empezó a decir:

—La amistad, del matrimonio seguida...

Entonces, Tía Dorothee le interrumpió:

—Pero, Igno, ¿qué es lo que te ha pasado en los dedos?

—¿En los dedos? —preguntó Igno Rante retirando asustado su mano—. Nada, no me ha pasado nada en los dedos, absolutamente nada —aseguró.

—¡¿Cómo que no?! —le contradijo Tía Dorothee—. Esas manchas rojas anoche no las tenías.

—Hummm, eso debe de ser de los nervios —explicó Igno Rante con una tímida risa—. Es que estoy muy nervioso por lo de mañana, ¿sabes? Y a veces cuando estoy nervioso me salen estas manchas rojas.

—Pero eso no es ninguna deshonra —opinó Tía Dorothee—. Todo lo contrario. A mí me parece maravilloso. Un hombre que aún está lleno de sensibilidad..., que no es tan indiferente como los demás... —dijo suspirando profundamente—. ¡Claro, es que son *tus* primeros esposales!

—Sí, en efecto —dijo Igno Rante secándose el sudor de la frente.

Anton estiró tanto el cuello para ver las manchas rojas, que casi se rompe; pero no pudo verlas.

Hemos hecho lo vampirescamente posible

Después de una pequeña pausa, Igno Rante preguntó:

—¿Quieres que diga ahora el refrán en voz alta?

—¿El refrán? —repitió indignada Tía Dorothee—. ¡Por Drácula! ¡Nuestro *juramento* de esponsales no es ningún refrán! Piensa en los dos últimos versos: «si el juramento rompiera, véngate como una fiera»...

—Sí, si eso era lo que yo quería decir: el juramento —se apresuró a replicar Igno Rante.

—¡Será mejor que empecemos con la ceremonia desde el principio otra vez! —dijo Tía Dorothee.

—¡¿Cómo?! ¡¿Otra vez desde el principio?! ¡Yo ya no puedo sostener la crónica mucho tiempo más! —puso el grito en el cielo Lumpi.

—¡No seas descarado! —repuso duramente Tía Dorothee, y luego susurró—: Ven, mi querido Igno.

Anton siguió con el corazón palpitando cómo los dos ponían su mano izquierda sobre la crónica y cómo Tía Dorothee pronunciaba el juramentó de esponsales muy digna y con la voz engolada.

Con un estremecimiento, Anton se acordó de que aquella vez, en el Valle de la Amargura, cuando fue *él* quien pronunció el juramento, le ardía la mano... Ahora le tocaba el turno a Igno Rante. Estaba allí de pie con los hombros caídos y la frente empapada en sudor, haciendo verdaderos esfuerzos por cada palabra que pronunciaba.

«¡Sea como sea —pensó Anton—, no parece un prometido en vísperas de su gran día..., o no: de su gran noche!»

Sin embargo, como siempre, Tía Dorothee estaba profundamente impresionada.

—¡Insuperable, querido mío! —elogió a Igno Rante acariciándole la mano izquierda—. Realmente deberíamos ensayar la colocación de los anillos —dijo luego observando llena de compasión los dedos de Igno—; pero si lo hacemos, lo mismo se te irritan demasiado esas manchas rojizas. ¿No opinas tú lo mismo?

Igno Rante asintió con la cabeza.

—¡Y además..., ¿qué es lo que puede salir mal?! —añadió ella—. En cuanto los dos hayamos pronunciado el juramento de los esponsales me tiendes tu mano izquierda y yo te pondré el anillo de oro en el dedo corazón; acuérdate bien: en el dedo corazón, pues es el más largo y el más fuerte.

Y a continuación tú haces conmigo exactamente lo mismo. ¿Verdad que no es muy difícil?

—No —contestó Igno Rante.

—¡Bien! ¡Muy bien!

Tía Dorothee suspiró y le volvió a soltar la mano.

—Pues con esto ya hemos hecho lo vampirescamente posible para que nuestros esponsales sean un éxito, mi querido Igno.

En ese momento, Lumpi cerró con un estampido la grande y pesada crónica. El estampido fue tan fuerte que hasta Anton, que estaba fuera ante la ventana del sótano, se asustó y dio un respingo.

—¡Bruto! ¡Pillastre! —le reprendió con furia Tía Dorothee—. Ahora me has echado a perder el vestido.

—¿Te lo he echado a perder? —dijo incrédulo Lumpi.

—¡Y de qué manera! ¡Este polvo centenario se pega a todas las fibras!

—Pero, tiíta —dijo Lumpi con una suavidad antinatural—. Si no lo he hecho a propósito. Han sido mis fuerzas, que me sobran, créeme.

—¿Y cómo voy a tener limpio el vestido para mañana por la noche? —preguntó de mal humor Tía Dorothee.

Lumpi se rio irónicamente.

—Muy sencillo. Pídele a Anna que te lo cepille. Estoy segurísimo de que en su ataúd tiene un cepillo de ropa, ji, ji.

—¡Excelente idea! —dijo Tía Dorothee—. Y de paso, Anna también te puede cepillar tu traje —le dijo a Igno Rante.

Se volvió hacia la ventana y exclamó:

—¡Anna!

—¡Ja, que os lo habéis creído! —bufó Anna—. Yo no soy vuestra criada.

Ya antes de que la conversación del sótano hubiera recaído sobre ella, se había levantado sin hacer ruido y se había acercado a Anton sigilosamente.

—¡Anna! —gritó Tía Dorothee, ahora más fuerte—. ¿Dónde estás? Tenemos que hablar contigo.

—Vámonos volando —le dijo Anna susurrando a Anton.

Ella anduvo un par de pasos y luego extendió los brazos, y más ligera que un pájaro se elevó en el aire.

Anton la siguió lo más deprisa que pudo.

Un castillo sobre pompas de jabón

—¿Y adónde vamos? —preguntó cuando alcanzó a Anna.

Anna sonrió.

—¿Adónde te gustaría ir?

—Podríamos intentar encontrar la furgoneta de color cardenillo —propuso Anton.

—¡Tú y tu furgoneta de color cardenillo! —dijo enojada Anna, y movió sus brazos con tanta fuerza que salió disparada como una flecha hacia arriba.

—¡Anna! —exclamó sobresaltado Anton.

Haciendo un elegante viraje, Anna se puso otra vez a su altura.

—¡Es como para subirse por las nubes! —dijo ella mitad bromeando, mitad quejándose.

—Yo..., te aseguro que no quería ponerte nerviosa —dijo Anton con marcada cautela—, pero es que ahora es completamente evidente que Igno Rante está enfermo.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que entonces lo que llevaba ayer por la tarde el Doctor Gans en la bolsa de la farmacia era efectivamente para Igno Rante. ¡Y con ello tenemos la prueba de que el Doctor Gans es realmente el ayudante de Igno Rante!

—Bueno, lo de prueba es un poco exagerado, ¿no te parece?

—Tú misma has visto que Igno Rante está enfermo; bastante enfermo, incluso.

—Él dijo que era por los nervios —contestó Anna—. Yo —añadió con una risita—, yo también tengo una sensación muy extraña cuando voy de camino hacia tu casa.

Anton, cortado, tosió.

—¿Y lo del temblor de piernas? Igno Rante apenas podía tenerse en pie.

—Bueno, es que tampoco es ya precisamente un niño —replicó Anna sin preocuparse ni lo más mínimo.

Anton se mordió los labios. Al parecer, dijera lo que dijese, Anna siempre encontraría una explicación para restar importancia a las sospechas que él tenía con respecto a Igno Rante.

Sólo había un camino para sacarla de su indiferencia: ¡si Anton provocaba sus celos!

—Pues a Olga la furgoneta de color cardenillo le parece muy sospechosa —afirmó.

—Ah, ¿sí? —dijo Anna lanzándole una gélida mirada—. ¿Y cuándo te lo ha dicho?

—Ayer —contestó—, cuando estuvo en mi habitación. Yo le hablé del Doctor Gans, de la furgoneta de color cardenillo y de la bolsa de la farmacia.

—¡Qué emocionante! —bufó Anna—. ¿Y por qué has tenido que confiárselo precisamente a esa engreída y adúladora Olga von Seifenschwein?



—¿Que por qué? —preguntó Anton haciendo esfuerzos por permanecer serio—. Porque *tú* anoche no viniste... y porque lo que había observado me pareció tan importante que tenía que contárselo a alguien como fuera.

—¡Pero no a Olga! —replicó airada Anna.

—Sea como sea, ella me dio su palabra de honor de que intentaría encontrar la furgoneta verde —dijo Anton..., de una forma bastante osada, pues Olga no había dicho nada parecido.

—¿Su palabra de honor? —preguntó Anna echándose a reír con burla—. ¡Puf! ¡Confiar en Olga es como construir un castillo sobre pompas de jabón! ^[3]

Anton no pudo evitar una risita, y muy esperanzado preguntó:

—Entonces, ¿nos vamos *nosotros* a hacer pesquisas sobre la furgoneta verde?

—¿Nosotros? —dijo Anna diciendo que no con la cabeza—. No, será mejor que me ponga a buscar yo sola... Además: ¡todavía tengo una cuenta pendiente con Olga! —añadió.

—¿Una cuenta pendiente? —repitió Anton con un cierto malestar. ¡Y es que él, por lo que se refería a Olga, no había dicho del todo la verdad!

—Efectivamente —se reafirmó Anna—. ¿O acaso crees que voy a dejar, sin hacer absolutamente nada, que Olga se interponga entre tú y yo, que llame a la puerta de tu casa y le haga la pelota a tus padres?...

—Pero si ella ya no quiere saber absolutamente nada de mí... —objetó Anton.

—Sí, pero, ¿cuánto va a durar eso? —replicó Anna—. Seguro que después de la ceremonia de esponsales vuelve a llamar a tu puerta.

—Pues por mí, Olga se puede ir al infierno —declaró Anton.

—Sí, eso estaría bien —le dio la razón Anna—. Bien lejos —añadió.

—Yo..., yo seguro que podría ayudarte a encontrar la furgoneta —intentó otra vez Anton hacerla cambiar de opinión.

Anna entonces sonrió y señaló hacia abajo. Anton reconoció sorprendido la casa en la que él vivía.

—No te preocupes, que si averiguo algo te lo diré —le prometió—. Hasta pronto, Anton.

—Sí, hasta pronto —contestó él, perplejo por aquella repentina despedida.

«¡Y que tengas mucha suerte!», iba a añadir, pero Anna ya había desaparecido.

Durante unos momentos estuvo pensando si debía seguirla. Pero de ninguna manera Anna debía sospechar que él la estaba espiando; así que rechazó su idea inicial. Cuando llegó a su habitación fue cuando se dio cuenta de lo cansado que estaba. A duras penas consiguió ponerse el pijama. Lo de quitarse el maquillaje lo dejó para el día siguiente.

Una pista concreta

Cuando Anton se despertó, se le enturbió la vista de una manera extraña. Probablemente era por el maquillaje: el lápiz de cejas y la crema de bebé que se había echado la tarde anterior.

Se frotó los ojos y se levantó de la cama lentamente. ¿Sería también por el maquillaje por lo que veía algo blanco en la ventana? Se acercó a mirar. ¡No, era una nota que alguien había dejado allí fuera entre las dos hojas de la ventana! Anton abrió la ventana con mucho cuidado para que no se cayera la nota. Con el corazón palpitante desdobló el papel y leyó:

«¡Querido Anton, he descubierto la furgoneta verde! Estaba otra vez delante de Villa Vista-clara. Cuando arrancó y se fue yo la seguí volando..., hasta la “Pensión Nebelhorn”. El conductor desapareció dentro de la pensión. He estado esperando una hora entera, pero no ha vuelto a aparecer. No he podido averiguar nada más. Que duermas bien y tengas dulces sueños. Tuya, Anna.» Anton leyó la carta una segunda vez.

«No he podido averiguar nada más»... Aquello sonaba... a insatisfacción.

«¡Y, sin embargo, Anna tiene motivos para estar orgullosa de sí misma!», pensó Anton. ¡Y es que, al fin y al cabo, ahora había por primera vez una pista concreta relacionada con el tal Doctor Gans, el misterioso ayudante de Igno Rante!

Escondió la nota en su escritorio debajo de unos cuadernos y salió al pasillo. En la casa estaba todo completamente en silencio. ¡Con toda seguridad sus padres todavía estaban durmiendo!

Anton entró en la sala de estar y volvió con la guía telefónica debajo del brazo. Nervioso, empezó a pasar páginas:

—Nebel..., Neneibahn, Nebalburg, Nebelung... ¡Humm, qué raro, no hay ningún Nebelborn! Durante unos segundos Anton no supo que hacer, pero luego tuvo una idea: buscar por la letra «P». Y, efectivamente, allí lo encontró: «Pensión Nebelhorn. Calle de Berlín, n.º 104».

Anton respiró profundamente. Sabía cuál era la Calle de Berlín: allí tenía la consulta su antigua pediatra, en el número 107; así que la Pensión Nebelhorn tenía que estar casi enfrente... ¡Vaya una casualidad!

Anton se vistió y se fue sin hacer ruido a la puerta de la calle. Entonces su mirada tropezó con el espejo del vestíbulo y se quedó como de piedra. Desde el espejo le estaba mirando fijamente una cara más pálida que la de un muerto y con unas ojeras negras.

—¡Oh, no! —gimió en voz baja.

Había estado a punto de echar a perder su propio plan: ¡iba a irse en bicicleta a la Pensión Nebelhorn para examinarla con lupa *llamando la atención lo menos posible!*

Se fue corriendo al baño y se limpió rápidamente el maquillaje.

Inmediatamente después volvió a pegar el oído a la puerta del dormitorio de sus padres. Y como allí no se oía nada, abandonó la casa yéndose de puntillas.

Un cuarto de hora después, Anton había llegado a la Calle de Berlín. Redujo la velocidad.

Sentía con toda claridad que estaba en disposición de desvelar el misterio que rodeaba a Igno Rante.

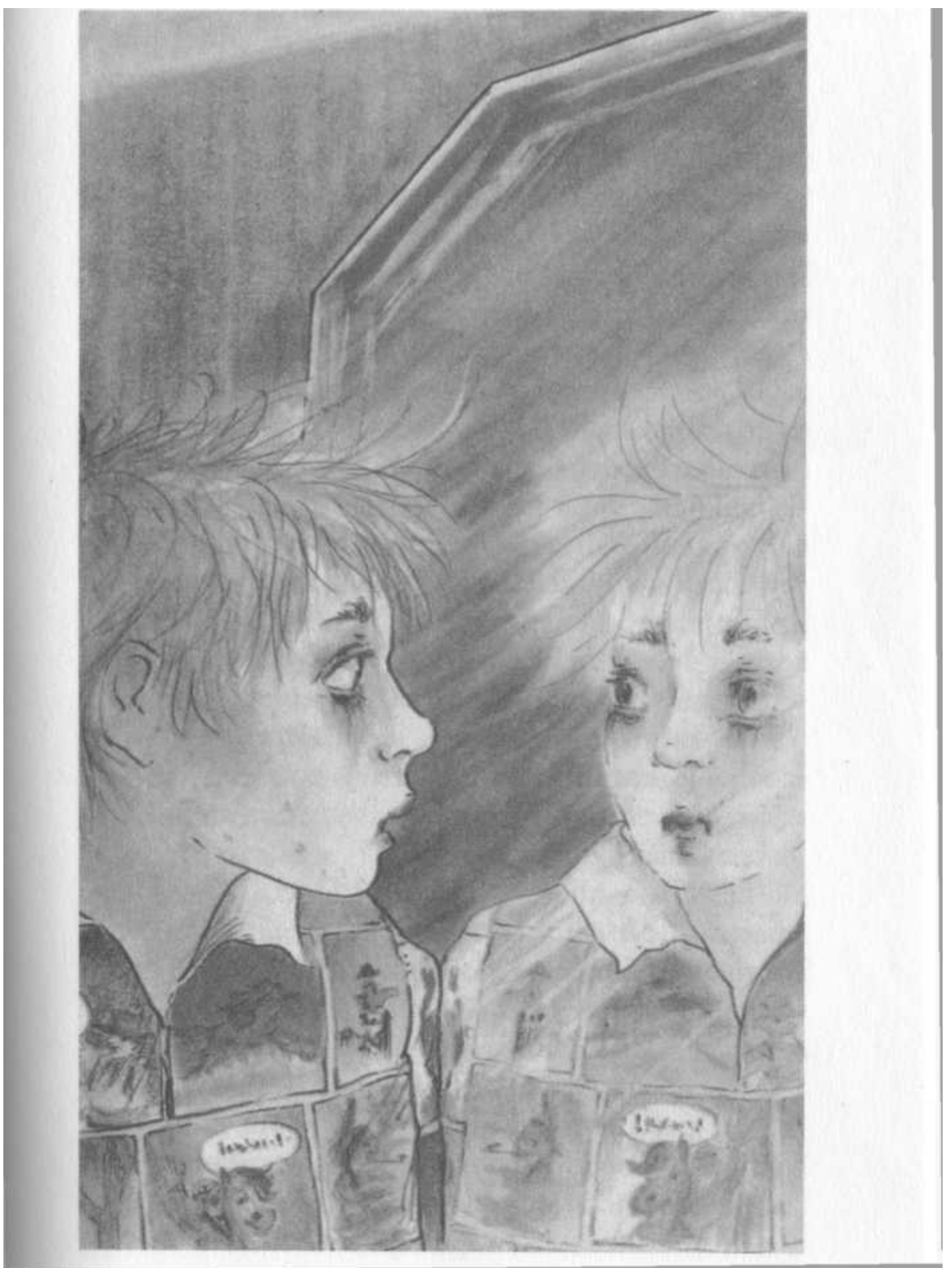
Doscientos o trescientos metros más... y tendría que encontrar la pensión en la acera derecha. Sí, así fue. Anton encontró el cartel: «*Pensión Nebelhorn. Hotel garni*».

Mientras Anton estaba pensando qué significaría aquello de «garni», un coche salió del garaje que había al lado de la pensión. Salió a la calle y aparcó justamente delante de la pensión.

Era... la furgoneta de color cardenillo. Y al volante iba... ¡el Doctor Gans!

A Anton le entró un miedo repentino. Había estado a punto de perder el equilibrio, pero se recuperó rápidamente y con un gesto que aparentaba indiferencia se fue pedaleando a la otra acera.

Se detuvo ante la consulta de la pediatra e hizo como si estudiara el letrero de latón donde figuraban las horas de consulta.



Sin embargo, lo que hizo fue volver la mirada con mucho cuidado por encima del hombro, y aún pudo ver cómo el alto y flaco doctor desaparecía en el interior de la pensión. Notó que su corazón latía ahora más deprisa.

¡Seguro que el Doctor Gans volvería a salir en seguida, pues tenía que haber algún motivo para que hubiera sacado la furgoneta del garaje y la hubiera dejado delante de la pensión!

Anton empujó la bicicleta hacia la calzada y la apoyó en un gran macetero con flores que había allí. Cogió de la bolsa del sillín unos pequeños alicates y se puso a hurgar con ellos en la válvula trasera.

Así podría dar la impresión de que le pasaba algo a su bicicleta... y al mismo tiempo no quitarle ojo a la Pensión Nebelhorn.

No mucho después apareció el Doctor Gans con cuatro maletas. Abrió la puerta trasera de su furgoneta y colocó las maletas dentro del coche. A continuación, volvió a entrar en la pensión con otras cuatro maletas. Anton sacudió la cabeza sin poder creérselo.

¿Para qué necesitaría el Doctor Gans *ocho* maletas? No, no eran ocho, eran incluso diez, porque el Doctor Gans estaba llevando al coche dos maletas enormes. Luego cerró la puerta y se metió en la pensión.

«¿Será que tiene más equipaje?», pensó Anton..., pero entonces el Doctor Gans salió de la pensión con un hombre vestido de oscuro y que caminaba encorvado. El hombre era muy bajo y el Doctor Gans le tenía que ayudar a andar.

Anton guiñó los ojos porque de repente creyó haber sido víctima de una alucinación: aquel hombre bajo con aquella cara de extenuación y que parecía empolvada y con el pelo azabache y lleno de brillantina... ¿no era acaso Igno Rante?

¡No, eso era imposible! El reloj de Anton no marcaba más que las once de la mañana..., así que era completamente imposible que un *vampiro* estuviera en la calle a esas horas. ¡Ni siquiera habiendo hecho Igno Rante un programa para superar su fobia a la luz del sol! Y además: Igno Rante había interrumpido el entrenamiento con el señor Schwartenfeger...

¡Tenía que ser un doble, alguien que se pareciera muchísimo a Igno Rante!

Pero, por otra parte... ¿cómo era que el Doctor Gans —el ayudante de Igno Rante— llevaba a su furgoneta verde a un doble de su señor y maestro?

¿Y si a pesar de lo pronto que era, efectivamente se trataba de Igno Rante? A Anton le daba vueltas la cabeza. Ya no sabía qué pensar.

El Doctor Gans abrió la puerta trasera del coche y el hombre bajo y vestido de oscuro se montó. El Doctor Gans se sentó en el asiento del conductor, y antes de que Anton se diera cuenta la furgoneta verde salió zumbando de allí..., también a una velocidad temeraria.

Pensión Nebelhorn

Anton inspiró profundamente. Notó cómo poco a poco volvían a aclarársele las ideas.

—Diez maletas... —murmuró. El hecho de que los dos tuvieran tanto equipaje era señal de que habían contado con una estancia muy, muy larga.

Se puso a pensar cuánto tiempo hacía que se conocían Tía Dorothee e Igno Rante. Probablemente la primera vez que se vieron fue a principios de abril, poco después de las vacaciones de primavera. O sea, hacía aproximadamente siete semanas. ¡Y siete u ocho semanas bien se las podía arreglar uno con la ropa de *diez* maletas!

¿Acaso durante todo ese tiempo el Doctor Gans e Igno Rante (si es que era él) habrían estado viviendo en la Pensión Nebelhorn? ¡Pero si Igno Rante tenía su guarida en Villa Vistaclara!... ¿O acaso no?

Se acordó de que el ataúd de Igno Rante estaba vacío aquel viernes por la mañana cuando se metió en la vieja villa y con mucha osadía levantó la tapa del ataúd. Ya entonces Anton supuso que Igno Rante tenía una segunda residencia.

¿Sería la Pensión Nebelhorn aquella segunda residencia? Pero, si así fuera, ¿no habría tenido el Doctor Gans que sacar también un ataúd (el segundo ataúd de Igno Rante) de la pensión? Anton miró hacia la Pensión Nebelhorn con la frente fruncida. Intuía..., no, intuía no, *sabía* que tras su fachada de color blanco sucio estaba la clave para la solución de todo este misterio. ¡Lo único que tenía que hacer era entrar en la pensión y hacer las preguntas apropiadas! Aunque al hacerlas no debía, de ninguna manera, despertar la indignación del dueño...

De pronto, Anton tuvo una idea: la tía Erna, una pariente lejana, había anunciado su visita hacía algún tiempo..., y por lo que Anton sabía, ella quería alojarse en un hotel. ¡Ya lo tenía!

Volvió a respirar profundamente para infundirse valor y luego cruzó la calle con su bicicleta.

«¡Lo de “hotel” es bastante exagerado!», pensó Anton, cuando pisó el vestíbulo, que tenía una alfombra rojo oscuro llena de manchas. Además de un mostrador había dos sillones anticuados y toscos, una mesa baja, un revistero, cuatro macetas medio marchitas, una estrecha escalera con una alfombra gris... y una campana que estaba en el mostrador.

Después de esperar en vano durante un rato, Anton tocó la campana. Sintió que el corazón se le iba a salir por la boca. Se oyó cómo se cerraba una puerta y luego bajó por las escaleras una oronda mujer de mediana edad.

Con sus rizos grises tenía pinta de ser bastante simpática, según le pareció a Anton.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó todavía un poco sin respiración.

«¿Atendería ella sola la Pensión Nebelhorn?», se le pasó a Anton por la cabeza.

—Yo... —dijo carraspeando—. Mi tía Erna... está buscando una habitación.

—¿Y cuándo necesita tu tía la habitación?

—¿Cuándo? —repitió Anton mordiéndose los labios.

«¡Por lo que más quieras, no te pongas colorado ahora!», se instó a sí mismo Anton.

—Dentro de tres o cuatro semanas —declaró obligándose a permanecer tranquilo.

Y con marcada indiferencia preguntó:

—¿Podría tener la habitación que tenían esos dos señores?

—¿Qué señores?

—Los dos que acaban de marcharse. He oído por casualidad cómo hablaban entusiasmados de su habitación.

—¿Entusiasmados? —preguntó la dueña mirándole sorprendida.

—¡Sí! —dijo audazmente él—. Han dicho que guardarán un buen recuerdo de la Pensión Nebelhorn y, sobre todo, de su habitación.

—¿Han dicho eso? —preguntó la mujer pasándose la mano por sus rizos y poniendo cara de incredulidad—. Con lo descontento que estaba el doctor...

—¿Descontento? —repitió Anton.

—Sí, porque también tenía que pagar el alquiler del mes que viene. Pero eso era lo acordado y si los dos señores se van antes de tiempo... Habían alquilado la habitación hasta julio incluido. ¡Y yo no tengo la culpa de que el profesor se haya puesto enfermo!

—¿El profesor? —dijo Anton con una excitación dificultosamente reprimida—. ¿El señor bajo de pelo negro era profesor?

La dueña asintió con la cabeza.

—Por eso mismo me sorprendí mucho de que montaran tal escándalo por lo del alquiler.

Anton estaba ardiendo en deseos de preguntar el nombre del profesor, pero no debía hacer demasiado evidente cuál era su interés, así que solamente preguntó:

—¿Se ha puesto enfermo? No tendrá eso nada que ver con la habitación ¿no?

—¿Con la habitación? ¡No! El profesor tiene varicela, simplemente varicela.

—¿Va... varicela? —balbuceó Anton.

—Sí. Y tratándose de una persona mayor, la varicela es una enfermedad que hay que tomar en serio. Al Profesor Piepenschnurz le ha dado una fiebre muy alta y escalofríos. Por eso me extrañó tanto que el Doctor Egal hiciera ese teatro por el alquiler. ¡Arriba estaba su profesor en la cama con cuarenta de fiebre y él abajo me regateaba un par de marcos!

—¿Cómo dice? —dijo Anton, que con la emoción olvidó toda cautela—. ¿Es que no se llama Gans, Doctor Gans?

—No, se llama Egal..., Hans Egal.

—Hans Egal... —murmuró Anton.

Ya se había tropezado alguna vez con aquel nombre en algún sitio; y el otro exactamente igual, ese...

—¿Cómo dice que se llama el profesor? —preguntó.

—Profesor Piepenschnurz —contestó la dueña—. Pero, ¿cómo es que te interesan tanto los dos?

—¿Que por qué? Bueno, pues..., por la habitación —dijo Anton después de titubear un poco... y no muy inteligentemente; pero estaba demasiado confuso para que se le ocurriera una explicación creíble en aquella situación.

Hans Egal, Profesor Piepenschnurz, varicela...

Anton se puso a pensar en lo mucho que había sudado y temblado Igno Rante la noche anterior. Y luego las manchas rojas en sus dedos, que Tía Dorothee había descubierto cuando Igno Rante fue a poner su mano izquierda sobre la crónica. Esas manchas rojas... ¿sería la varicela?

—¿No te encuentras bien, chico? —oyó que decía la voz de la dueña.

—Sí, sí —aseguró rápidamente—. Sólo..., sólo estaba pensando en esa enfermedad. Quizá no sea la varicela. Quizá se haya constipado, le haya dado la corriente...

—¿Constipado en mi pensión? —dijo furiosa la dueña—. ¡Seguro que no! En mi casa no hay humedad en las paredes ni ventanas por las que pase corriente. ¡Ven, sube conmigo y convéncete tú mismo!

Con aquellas palabras se dio media vuelta y empezó a subir las escaleras.

Anton la siguió temblándole las rodillas.

La habitación número 13

Llegaron a un largo y oscuro pasillo al que daban muchas puertas. Estaban todas cerradas excepto una. Aquella puerta abierta al fondo del pasillo... ¿sería la de la habitación que habían ocupado el Profesor Piepenschnurz y el Doctor Egal?

De repente, Anton tuvo una extraña premonición: como si fuera a descubrir en la habitación de los dos algo muy importante.

Al parecer, sin embargo, la dueña estaba decidida a enseñarle la otra habitación. Sacó un llavero del bolsillo de su bata y abrió la puerta de la habitación número 2. Anton se dio cuenta en seguida de que no había nadie alojado en ella. Sí, el aire olía tan estancado como si no la hubieran usado desde hacía semanas.

—¡Ésta, seguro que no era su habitación! —dijo Anton sin esforzarse por ocultar su decepción.

—¿Su habitación? —repitió la dueña.

—Sí, la del Profesor Piepenschnurz y el Doctor Egal.

—¿Y por qué quieres ver precisamente la habitación del profesor?

—Porque —dijo Anton tosiendo—... Porque el Doctor Gans y él estaban entusiasmados con ella.

—Pero es que la número 13 no está limpia —se opuso ella lanzando una mirada hacia la puerta abierta que había al fondo del pasillo—. Lo único que he hecho hasta ahora ha sido empezar a levantar las camas.

Anton iba a replicar que a él no le importaba nada el desorden..., pero entonces sonó el teléfono.

«¡Eso me viene que ni pintado!», pensó Anton.

Con el corazón palpitante vio cómo la dueña bajaba las escaleras. Cuando la oyó decir: «¡Ah, eres tú, Hermine! Sí, gracias, yo estoy bien, ¿y tú?», supo que durante cinco minutos o más nadie le observaría.

Recorrió el pasillo de puntillas y entró en la habitación número 13. Realmente no tenía un aspecto nada atractivo: había ropa sucia tirada en el suelo y artículos de limpieza por todas partes. Por lo demás, era una sencilla habitación sin baño y sólo tenía un lavabo; una habitación que no parecía ocultar ningún misterio. Todo su mobiliario estaba compuesto por las dos camas, una mesa, dos sillas, una lámpara de pie y un armario oscuro y grande.

Y, sin embargo... Anton tenía la sensación de que iba a encontrar allí una pista, una pista decisiva...

Pero, ¿por dónde debía empezar a buscar?

¿Debajo de las camas? ¿Dentro del armario?

La mirada de Anton fue a parar a la papelera, que estaba llena hasta arriba. Titubeó un momento... y luego, con mucha decisión, vació su contenido sobre la alfombra.

Como Anton había supuesto, allí sólo había periódicos y revistas atrasados que el Profesor Piepenschnurz y Hans Egal habían tirado. Pero entre ellos Anton encontró también un par de hojas

escritas a mano. Excitado, leyó las notas escritas a lápiz, pero comprobó con decepción que se trataba de listas de la compra..., de cosas muy banales como pasta de dientes, jabón, paños, loción de afeitar y crema de los zapatos.

Anton apretó los labios. Cuanto más revolvía entre el montón de papeles, más iba teniendo la sensación de que iba por el camino equivocado. Ya estaba pensando en interrumpir la búsqueda... cuando, de repente, encontró un sobre hecho trocitos.

Lo cogió.

—Al Profesor Piepenschnurz —leyó—. Pensión Nebelhorn. Calle de Berlín, número 104.

A Anton casi se le salió el corazón por la boca: una carta, una carta privada que había recibido el profesor... Con mano temblorosa le dio la vuelta al sobre... y estuvo a punto de dejarlo caer del susto: «Geiermeier. Provisionalmente en el Balneario Puente de los Tres Diablos», ponía allí con los mismos garabatos de tinta.

Anton se sintió como si el velo del misterio se hubiera descorrido de un tirón...

Pero antes de que pudiera poner en orden sus ideas oyó los pasos de la dueña por el pasillo. Consiguió en el último segundo guardarse el sobre en el bolsillo del pantalón.

Tímidamente se levantó y dijo:

—Yo..., me he chocado contra la papelera. La dueña miró con cara de enfado el montón de basura que había en el suelo.

—¿Se puede saber por qué has entrado en esta habitación?! —le reprendió—. ¡Ya te había dicho que estaba *sin* arreglar!



—Humm, sí —dijo Anton poniendo cara de contrición.

—¡Y ahora le contarás a tu tía que en la Pensión Nebelhorn está todo manga por hombro! — dijo ella en tono poco amistoso.

—¡Oh, no! —la contradijo Anton—. Le hablaré a mi tía muy bien de su pensión.

—Ya, ya —dijo ella no más amistosa que antes.

—¡Sí! Le informaré de que esto es muy confortable, muy personal y...

Anton se interrumpió porque ya no se le ocurría nada convincente.

—... y muy interesante —completó furiosa la dueña.

—¿Interesante? —se hizo el sorprendido Anton.

La dueña le lanzó una mirada penetrante.

—Tan interesante que tú vienes aquí un domingo por la mañana y te pones a revolver en la papelera.

—Pero yo... —se iba a defender Anton, pero ella le quitó la palabra de la boca:

—¡Yo creo que tú no tienes ninguna tía!

—¿Que yo no tengo ninguna tía? —repitió indignado Anton.

—¡Por lo menos no una tía que quiera alquilar una habitación en *mi* pensión! ¡Sólo la has utilizado como excusa para husmear en la habitación del profesor!

Anton tragó saliva.

—Ahora me tengo que ir —dijo—. Mis padres... me están esperando para comer.

Echó a correr hacia la puerta dejando a un lado a la dueña.

—¡Alto! —exclamó ella.

Pero Anton ya estaba en el pasillo.

—¡Quieto he dicho! —oyó que gritaba la dueña.

Anton bajó corriendo las escaleras. En la calle montó rápidamente en su bicicleta y, sin volver la vista atrás, salió de allí disparado.

La gran conspiración

Cuando llegó a casa, Anton comprobó que sus padres todavía seguían durmiendo.

—¡Menos mal! —suspiró.

Había tantísimas cosas sobre las que reflexionar sin que le molestaran... Se coló sin hacer ruido en su habitación, sacó del escritorio un bloc y un lápiz y se sentó en la cama.

¡Seguro que escribir notas le ayudaría a comprender mejor aquella trama tan enrevesada! Anton se apoyó el bloc en la rodilla y empezó a anotar los acontecimientos importantes:

¿Quién es Igno Rante?

Aunque Anton creía saber ya la respuesta a esa pregunta... ¡no debía sacar, bajo ningún concepto, conclusiones precipitadas! Quería mirar otra vez desde el principio con ojo crítico todo lo relativo a Igno Rante.

Visita a la casa del señor Schwartenfeger. En la sala de espera encuentro la octavilla.

En la octavilla ponía que había que ayudar a salvar el viejo cementerio de su destrucción por fanáticos airados (lo de «fanáticos» se refería al guardián del cementerio, Geiermeier, y a su ayudante, Schnuppermaul). Y que por eso había que unirse a la iniciativa popular «Salvad el Viejo Cementerio». Y que se podía conseguir más información dirigiéndose a J. Schwartenfeger.

Con aquella octavilla, Anton había tenido inmediatamente muy claro quién había parado las obras: ¡el señor Schwartenfeger! ¡Gracias a su iniciativa popular la familia Von Schlotterstein había podido regresar de las ruinas del Valle de la Amargura a su Cripta Schlotterstein!

Así que el señor Schwartenfeger, sin haberlo querido, había sido también el causante del ataque al corazón que le había dado a Geiermeier...

Sí, y luego Anton se había enterado por el señor Schwartenfeger de que éste, con su iniciativa popular, había perseguido un segundo propósito: quería conocer a vampiros para experimentar en ellos su programa de aprendizaje contra miedos especialmente fuertes (las denominadas fobias).

El señor Schwartenfeger dijo que tenía un paciente que era vampiro: Igno Rante.

Aunque Igno Rante afirmó que él no era un vampiro, el psicólogo le examinó a través de su espejo de bolsillo y comprobó que su misterioso paciente no se reflejaba en él.

Primer encuentro con Igno Rante antes de ponerse el sol.

Aquella vez Anton había llegado demasiado pronto a la consulta del psicólogo. La señora Schwartenfeger no había querido dejarle entrar y, por el contrario, había hecho raras insinuaciones sobre «pacientes fuera de lo normal» y le había propuesto que esperara fuera de la casa. ¡Con ello, sin embargo, lo único que había conseguido había sido picar aún más la curiosidad de Anton! Con la excusa de que tenía ganas de hacer pis, él había estado esperando en el cuarto de baño a que Igno Rante saliera de la sala de consulta..., y entonces había reunido todo su valor y le había salido al paso. A Anton aún se le ponían los pelos de punta al acordarse de aquel primer encuentro. El inquietante aspecto de Igno Rante y su olor a moho, con el que se mezclaba un repulsivo tufo a lirios del valle, le habían convencido inmediatamente a Anton de que se encontraba delante de un vampiro... ¡Y eso antes de ponerse el sol!

Por consiguiente, Anton había deducido que el programa de entrenamiento del señor Schwartenfeger, con el que pretendía curar el miedo de los vampiros a los rayos del sol, había tenido un éxito sensacional.

Segundo encuentro en el depósito de agua.

No, no fue un encuentro; Anton solamente había observado a Tía Dorothee y a Igno Rante desde el castaño. Después, volando sin que le vieran, había seguido a Igno Rante, a Tía Dorothee y a Anna.

La guarida de Igno Rante: Villa Vistaclara.

Allí Anton había estado acechando por la ventana del sótano y había oído que Igno Rante, según la expresión de Tía Dorothee, tenía «un poco de ceguera nocturna».

Anton se había enterado por Anna de que Igno Rante sufría una especie de «ceguera congènita» y, además, de que ya cuando era un niño se pasaba las noches enteras leyendo con la linterna bajo la tapa del ataúd.

Esa información fue la que le hizo desconfiar a Anton, pues eso significaría que Igno Rante tenía que haberse convertido en vampiro cuando era *niño*. Pero Igno Rante, se mirara por donde se mirara, era un adulto.

Primera sospecha de que Igno Rante lo mismo no es un vampiro.

En cuanto Anton ya no tuvo fiebre se fue, lleno de inquietud, a Villa Vistaclara. En el sótano de la villa encontró el ataúd vacío de Igno Rante. ¡Y eso antes del mediodía! La sospecha de Anton se reforzó, pero desgraciadamente nadie le tomó en serio: ni siquiera Olga, que estaba demasiado ocupada consigo misma como para averiguar algo útil sobre el futuro prometido de Tía Dorothee.

Johann Holzrock. Muebles Funerarios. Modelo 1 a.

Johann Holzrock había puesto a Anton sobre la pista del Doctor Gans. Era absolutamente evidente que el Doctor Gans no era vampiro, pues Anton le había visto meterse de día en Villa Vista-clara... con una bolsa de la farmacia en la mano. Hasta que Anton, por culpa de Olga, no despertó celos en Anna, ésta hizo oídos sordos. A partir de entonces, sin embargo, ella hizo más averiguaciones y descubrió la placa de metal del ataúd de Igno Rante.

Y la bolsa le había hecho pensar a Anton que era posible que Igno Rante estuviera enfermo.

Pero no había sido un infarto, como Anton había supuesto: durante el ensayo general Tía Dorothee había descubierto de repente las manchitas rojas que Igno Rante tenía en los dedos. Igno Rante había explicado que con frecuencia le salían manchas rojas cuando se encontraba algo nervioso, pero Anton creía que era por otra cosa muy diferente.

Volvió a recordar la escena que había contemplado delante de la Pensión Nebelhorn: el Doctor Gans llevando de la pensión hasta su furgoneta verde a un hombre que caminaba encorvado y que, al parecer, era el doble de Igno Rante. En la conversación que había mantenido después con la dueña, Anton se había enterado de que aquel hombre bajo era el Profesor Piepenschnurz y de que estaba tan enfermo de varicela que había tenido que marcharse antes de tiempo.

¿Serían simplemente casualidades? ¡No!

Nervioso, anotó:

El Profesor Piepenschnurz tiene varicela.

Igno Rante tiene varicela.

El Profesor Piepenschnurz tiene el mismo aspecto que Igno Rante.

¡El Profesor Piepenschnurz es Igno Rante!

Anton hizo una pausa porque el corazón le estaba latiendo salvajemente.

Luego escribió:

«Y el Profesor Piepenschnurz es... ¡un *ser humano!*!»

Cuando escribió «ser humano», a Anton le tembló tanto la mano que la letra le salió casi ilegible. Pero también se debía a que aquello era una monstruosidad: un ser humano, un profesor que se había infiltrado entre los vampiros, maquillado, disfrazado y con un nombre falso..., y que había conseguido engañarles a todos (¡y sobre todo a Tía Dorothee!), ocultándoles su verdadera identidad.

A Anton se le heló la sangre en las venas sólo de pensar lo que les hubiera podido pasar a Anna y al pequeño vampiro de *no* haber estado el Profesor Piepenschnurz enfermo de varicela.

¡Ahora estaba demostrado que tenía toda la razón del mundo al sospechar de Igno Rante! ¡Y había sido la varicela de Anton lo que les había salvado... ejem..., la vida a los vampiros!

Pero, ¿qué le habría llevado al Profesor Piepenschnurz a acercarse a Tía Dorothee..., con el objetivo de que le acogieran en la Cripta Schlotterstein? Al fin y al cabo había corrido un peligro, un grave peligro, pues también podría haber sido Tía Dorothee quien hubiera descubierto su secreto, y en ese caso...

Anton se estremeció. La única explicación que se le ocurría era que fuera por algo relacionado con la profesión del Profesor Piepenschnurz: ¡que él fuera... profesor en vampirología!

¡Y si efectivamente Piepenschnurz era profesor en vampirología, seguro que estaría en contacto con otros investigadores que estudian a los vampiros!

Y no sólo con investigadores... (Anton sintió una sacudida), sino también con... ¡*cazadores* de vampiros!

Llegado a ese punto en sus reflexiones, Anton tuvo que respirar profundamente. Con el corazón palpitante se sacó el sobre del bolsillo del pantalón.

«Al Profesor August Piepenschnurz. Pensión Nebelhorn»...

«Geiermeier. Provisionalmente en el Balneario del Puente de los Tres Diablos»...

¡Sí, aquella carta era el último eslabón que faltaba en la cadena!

Anton se dio cuenta de que ya llevaba un rato sin anotar nada. Pero ahora, aun sin notas, tenía muy claro quién estaba detrás de todo aquel asunto: ¡Geiermeier, el guardián del cementerio!

Sospechaba que Geiermeier, al estar en el hospital y no poder seguir persiguiendo a los vampiros, se había dirigido al Profesor Piepenschnurz. Geiermeier seguro que le había contado en secreto al profesor que en *su* cementerio vivía todo un clan de vampiros. Y seguro que había sido Geiermeier el que había propuesto acercarse a los vampiros a través de la iniciativa popular «Salvad el Viejo Cementerio» y a través del psicólogo Schwartenfeger.

Anton cerró los puños. Era una conspiración... ¡Una gran conspiración contra los vampiros!

¡Y probablemente el Profesor Piepenschnurz ni siquiera se imaginaba que lo que quería realmente Geiermeier era conseguir, por fin, con la ayuda del profesor, el primer cementerio *sin* vampiros de Europa!

En el fondo, era el mismo caso que con Schwartenfeger: al psicólogo sólo le interesaban los vampiros por razones científicas. ¡Así que él y Piepenschnurz no representaban un serio peligro para los vampiros!

Además..., siendo profesor en vampirología, Piepenschnurz estaría incluso muy interesado en no perder a los vampiros, que eran... (¿cómo se decía?), que eran... el objeto de sus investigaciones.

Todo lo contrario que Geiermeier, que aun desde el balneario seguía adelante con sus malvados planes de aniquilar a los vampiros.

Sin embargo, Anton había leído a menudo cosas parecidas: que hombres sin escrúpulos, ocultos en la sombra, se aprovechaban de investigadores cuya única meta era su ciencia.

Sangre joven

Anton se levantó de la cama. No podía seguir allí sentado sin hacer nada; tenía que hacer algo, hablar con alguien... Así que se alegró de verdad cuando oyó un rumor en el pasillo y su padre, inmediatamente después, asomó la cabeza por la puerta. Sonriendo amablemente, le preguntó:

—¿Ya estás despierto?

—¿Ya? —dijo Anton riéndose irónicamente—. Lo de «ya» lo dirás por vosotros, ¿no? Yo llevo despierto horas... ¡y estoy medio muerto de hambre!

—¿Por qué no te has preparado tú mismo el desayuno? —replicó su padre.

—¿Que por qué?... Pues porque prefiero desayunar con vosotros.

El padre de Anton se rio.

—Sí es *así*, seguro que entonces también querrás venirte a hacer jogging, que es lo que mamá y yo tenemos previsto hacer después del desayuno.

—Pues claro que sí —dijo Anton disfrutando por la cara de perplejidad que puso su padre.

«¡Así por lo menos se me pasará más deprisa el tiempo!», añadió para sus adentros.

Y, en efecto, la noche llegó mucho más rápido de lo que Anton había creído. Con la excusa de que aún tenía que preparar un examen de matemáticas, Anton se metió en su habitación y abrió la ventana de par en par. Luego tomó asiento en el escritorio y abrió *La verdad sobre Frankenstein*, una antiquísima historia que ya se había leído por lo menos cinco veces. Pero era emocionantísima y también en esta ocasión le volvió a fascinar.

Precisamente por eso Anton casi se sobresaltó cuando, a sus espaldas, alguien aterrizó en el poyete de la ventana. Se volvió... y vio la cara de Olga, que le sonreía dulcemente.

—¿Tú? —dijo levantándose precipitadamente—. Y yo que pensaba que...

Se interrumpió. Olga se deslizó dentro de la habitación.

—¿Qué es lo que pensabas? —susurró ella colocándose el lazo del pelo, que esta vez era azul oscuro.

—¡Que estarías ya en la ceremonia de esponsales! —repuso Anton.

¡No podía reconocer que lo que realmente había pensado..., o mejor dicho: esperado, era que serían el pequeño vampiro o Anna!

—Sí... —dijo Olga con una risita—. ¡Por eso supongo que tu alegría será aún mayor, ¿no?!

—¿Ya..., ya no estás furiosa conmigo? —preguntó con cautela Anton.

—¿Furiosa? —repitió ella mirando con afectación hacia el techo—. Olga, la señorita Von Seifenschwein, tiene un gran corazón. ¡Te perdono!

—¿De verdad? —dijo con malestar Anton.

¡En su opinión, tras el perdón de Olga no podía ocultarse nada bueno!

—Sí —dijo ella con voz chillona—. Ahora estoy convencida de que lo único que te llevó a hacer esas irreflexivas observaciones fue tu atolondramiento.

Anton sabía a qué «irreflexivas observaciones» se refería: a las que le hizo cuando le habló de sus sospechas de que lo mismo el Doctor Gans era un cazador de vampiros, un cazador de

vampiros, moderno.

—Tu atolondramiento y... ¡tu sangre joven! —exclamó Olga, y soltó una carcajada.

—¿Sa..., sangre joven? —repitió angustiado Anton.

—¡Sí! Eres tan joven y tan atolondrado que ni siquiera te das cuenta de lo que haces.

Instintivamente, Anton se había llevado las manos al cuello; pero parecía que lo de «sangre joven» no era más que una forma de hablar...

—El caso es que ya no estoy enfadada contigo —declaró condescendiente Olga.

Y sonriéndole provocativa preguntó:

—¿Nos vamos volando?

—¿Irnos volando? —dijo Anton no presintiendo nada bueno—. ¿A dónde?

—¡A la ceremonia de esponsales, naturalmente!

Con un movimiento rápido, Olga se echó la capa hacia atrás... y él se encontró ante sus ojos un vestido de terciopelo azul oscuro.

—Es mi bonito vestido de fiesta para las grandes ocasiones —dijo pavoneándose—. ¡Espero que *tú* tengas algo apropiado! Lo mejor sería un traje de terciopelo azul oscuro. ¡Eso sería divino!

—Es que yo... —empezó a decir Anton, pero Olga le interrumpió:

—Tus padres están de acuerdo, ¿ya no te acuerdas? ¡Dijeron que mi invitación les parecía *muy* amable!

—Es que... han cambiado de opinión —repuso apresuradamente Anton.

—¿Cómo? ¿Así tan de repente? —dijo Olga poniéndolo en duda y mirando hacia la puerta.

«¡Espero que no se le ocurra ir a preguntar!», pensó preocupado Anton.

Lo más convincente que fue capaz, contestó:

—Sí, porque mañana tengo que ir al colegio.

—¡Colegio! —bufó desdeñosa Olga—. ¿Quién piensa en el colegio cuando Tía Dorothee celebra esponsales?

—Yo... —dijo Anton carraspeando—, no creo que se puedan celebrar los esponsales.

—¿Y por qué no?

—Porque para que haya esponsales tiene que haber siempre dos, ¿no?

—¡Efectivamente! —dijo con voz chillona Olga.

—¡E Igno Rante se ha marchado esta mañana! —declaró Anton.

¡Bueno, ya lo había dicho! Sentaba bien habérselo confiado a alguien... ¡aunque no fuera más que a Olga!

Pero para asombro suyo, Olga empezó a reírse burlonamente.

—¿Que se ha marchado? Rüdiger tiene razón: ¡eres verdaderamente ridículo con tus celos!

—¿Celos? ¿Yo? —dijo Anton riéndose secamente.

—¡Sí, señor! —confirmó Olga—. Rüdiger dice que estás muy enfermo de celos porque Anna tiene ahora un tío muy cariñoso y que se ocupa de ella... ¡De todas formas, lo que yo no entiendo es qué encontráis vosotros —el señor Rante y tú— en una sosa como Anna! —añadió incisiva.

Anton iba a contestarle algo fuerte, pero se reprimió y dijo simplemente:

—¿Muy cariñoso y que se ocupa de ella? Ya, ya veréis vosotros...

—¿Qué es lo que vamos a ver?

—¡Lo fiel que es vuestro tío Igno!

—Bueno, ya lo veremos —dijo apasionadamente Olga tapándose de nuevo el vestido con su capa de vampiro—. ¡Venga, Anton, vámonos!

Anton dijo que no con la cabeza. Bajo ningún concepto quería estar presente cuando no se pudieran celebrar los esponsales. ¡Tía Dorothee se pondría desenfundada de furia!

—No puedo irme volando contigo. Es que mis padres me van a preguntar para ver si estoy bien preparado para el examen de matemáticas de mañana.

—Empollón —gruñó Olga—. ¡Eres igual que Anna!

Dicho aquello trepó al poyete de la ventana y desde allí bufó:

—¡Eso es porque a ti te perdonan y te permiten todo! ¡Bah, cualquier minuto que se te dedique a ti es tiempo perdido!

Salió volando de allí sin despedirse.

Anton, que no estaba nada amargado, sino más bien aliviado, regresó a su escritorio. Pero ya no fue capaz de concentrarse en la lectura de *La verdad sobre Frankenstein*. No podía evitar pensar una y otra vez en la ceremonia de esponsales. Se dio cuenta de que ni siquiera sabía dónde se iban a celebrar, si en Villa Vistaclara o en la Cripta Schlotterstein. Una cosa, sin embargo, lo sabía casi con toda seguridad: que aquello —en el verdadero sentido de la palabra— iba a convertirse en un infierno cuando el futuro prometido no apareciera...

Pero Anton esperó en vano la visita de Anna o del pequeño vampiro. Poco antes de medianoche se fue a la cama muerto de cansancio.

¿Necesitas un pañuelo?

Anton estaba durmiendo profundamente cuando alguien le sacudió en el hombro y una voz ronca graznó:

—¡Eh, despierta!

Anton se incorporó adormilado. La lámpara del escritorio estaba encendida y gracias a su luz Anton pudo ver al pequeño vampiro.

Rüdiger debía de haber estado peinándose durante horas: llevaba el pelo muy brillante y muy pegado a la cabeza, y estaba peinado con una rectísima raya a un lado. ¡Estaba casi tan atildado como Igno Rante con su pomada para el pelo!

Igno Rante... Anton, de pronto, estaba despiertísimo. ¡Probablemente Rüdiger venía directamente de la ceremonia de esponsales y su cuidado pelo era su peinado especial para la fiesta!

Entonces el pequeño vampiro, con una expresión sombría, se echó hacia atrás su capa y dejó caer un hatillo al suelo.

—Aquí tienes tus cosas —gruñó—. Ya te las puedes quedar.

—¿Mis cosas? —preguntó Anton mirando fijamente el hatillo que estaba en el suelo.

Reconoció su chándal, los calcetines amarillos, la banda de la frente, las gafas de sol, un tubo de crema solar medio vacío y una botella de aceite bronceador.

—¡Sí! ¡Ya no necesito estos trastos! —declaró el pequeño vampiro con voz de ultratumba.

¡Trastos! Anton iba a protestar. ¡Después de todo, las cosas eran *suyas* y el aceite lo había pagado con su propio dinero! Pero en aquel momento no hubiera sido muy inteligente ponerse a discutir con Rüdiger...

Así que se tragó su indignación y preguntó:

—¿Así que ya lo sabes?

—¡Pues claro que lo sé! —replicó de mal humor el pequeño vampiro—. Yo estaba presente cuando ella se ha marchado volando.

—¿Cuando ella se ha marchado volando? —repitió Anton.

Al parecer, el pequeño vampiro había entendido su pregunta de una forma diferente. Con aquel «lo» Anton se refería a la gran conspiración y a que Igno Rante había sido capaz de engañarlos a todos, y, sobre todo, a Tía Dorothee.

De una forma completamente inesperada para Anton, al pequeño vampiro le empezaron a correr lágrimas por sus pálidas mejillas.

—Y yo que me había alegrado tanto por la ceremonia de esponsales... —suspiró.

Anton le miró afectado. Aunque seguía estando furioso con el pequeño vampiro... ¡en aquel estado Rüdiger le daba pena!

—¿Necesitas un pañuelo? —preguntó cautelosamente.



—¡No! —bufó el pequeño vampiro, para extender inmediatamente después su mano y decir que sí. Anton sacó un pañuelo de papel de su escritorio. Rüdiger lo cogió y se sonó varias veces.

—Y con la armonía que había entre nosotros... —se quejó—. O por lo menos así lo creía yo, hasta esta noche...

Volvió a sollozar, pero afortunadamente hizo tantos esfuerzos por controlarse que no le corrió ninguna lágrima.

Anton ya no pudo reprimir más su curiosidad.

—¿Te refieres a Olga?

—¿A quién si no? —contestó apagado el pequeño vampiro.

—¿Ella se ha marchado volando? —preguntó Anton palpitándole el corazón.

—Sí —dijo el pequeño vampiro sorbiendo con la nariz—. ¿Y sabes una cosa?

—No, ¿el qué? —preguntó Anton.

¡Ahora seguro que se enteraría de los pormenores del drama que tenía que haber representado la «aplazada» ceremonia de esponsales!

Todo en mano

Pero los pensamientos de Rüdiger, al parecer, sólo giraban en torno a Olga.

—Ha dicho que no regresó por mí en absoluto —informó.

—¿No? —se hizo el sorprendido Anton.

—¡No! Lo hizo solamente por Tía Dorothee. Tenía como una losa sobre el corazón por haberse marchado volando sin haberse despedido... y porque Tía Dorothee la considerara una desagradecida y una egoísta. ¡Y por eso regresó!

De rabia le dio una patada a la botella del aceite bronceador.

—Todo el entrenamiento para nada. Noche tras noche ese tormento... ¡y todo en mano!

—¿En mano?

—O en vano, como mejor te parezca —dijo el pequeño vampiro agitando furioso los puños—. Ahora se ha ido volando con Tía Dorothee y con Hugo para seguir las huellas a Igno Rante... ¡y yo ya veo dónde me quedo!

—¿Con Hugo el Peludo? —preguntó excitado Anton.

El pequeño vampiro le miró sorprendido.

—¿Le conoces?

—No, no —dijo apresuradamente Anton—. Sólo que Olga me ha hablado de él... en una de sus visitas —añadió ladinamente.

El vampiro aguzó el oído.

—¿Visitas? ¿Más de una?

—Sí —confirmó Anton con voz firme. Tenía la sensación de que esta vez a lo mejor conseguía abrirle los ojos al pequeño vampiro sobre «su» Olga—. En su penúltima visita incluso llamó al timbre de la puerta.

—¿De tu puerta?

—Sí. ¡Y luego le preguntó a mis padres si me dejaban ir con ella a la ceremonia de esponsales!

—¡¿Qué?! ¡¿Tú con Olga?! —bufó el pequeño vampiro.

—Naturalmente yo dije que no —dijo Anton—. Aunque mis padres ya habían dado permiso. Pero yo no traiciono a mis amigos.

Y con un cierto orgullo, añadió:

—¡Realmente deberíais concederme una condecoración!

—¿Una condecoración? —dijo el pequeño vampiro echándose a reír burlonamente—. ¡Ja! Olga me ha dicho que con mis ejercicios le parecía aún más aburrido y más mediocre que antes. Me reprochó que hubiera renunciado a lo poco que en mí quedaba algo interesante: mi esencia como vampiro. ¡Y que eso era lo peor de todo!

—Pero no lo digo por eso —replicó rápidamente Anton—. Lo digo por la varicela.

—¿La rícela? ¿Qué rícela?

—¡La varicela que le he pegado a Igno Rante! ¡O mejor dicho: al Profesor Piepenschnurz!

El pequeño vampiro arrugó la frente.

—¿Piep y Schnurz? ^[4] No entiendo ni una palabra.

—August Piepenschnurz —dijo Anton—. Ése es su verdadero nombre. Igno Rante es sólo un nombre supuesto con el que se acercó a Tía Dorothee.

—¿Un nombre supuesto?

—¡Sí! En realidad es profesor y se llama August Piepenschnurz.

El pequeño vampiro sacudió perplejo la cabeza.

—¿Y qué es lo que quiere de *nosotros* un profesor?

—¡Ése es precisamente el quid de la cuestión! —exclamó Anton inspirando profundamente—.

Debe ser profesor en vampirología... ¡Un investigador de vampiros!

Rüdiger se puso pálido como la cera.

—¿Un investigador de vampiros?

—¡Sí! —le confirmó Anton, y entonces le contó que él, desde el principio, había sospechado de Igno Rante. Le informó de la conversación que había tenido con Johann Holzrock, el Doctor Gans y de la furgoneta de color cardenillo, de la Pensión Nebelhorn y de las informaciones que le había sacado allí a la dueña.

—Entonces..., entonces Igno Rante es... ¡un ser humano! —le interrumpió el pequeño vampiro con voz chillona.

Anton asintió con la cabeza.

—Lo único que hizo fue disfrazarse y maquillarse muy bien.

—¡Por Drácula, qué cosa tan horrible! —murmuró el pequeño vampiro castañeteando con los dientes.

—Es más horrible aún de lo que tú crees —repuso Anton.

De debajo de la almohada cogió el sobre de la carta de Geiermeier y se lo entregó al pequeño vampiro.

Con las manos temblorosas, Rüdiger mantuvo la carta muy pegada a sus ojos y leyó la dirección y el remitente.

—¡Oh, no! —jadeó—. ¡Qué terrible! ¡Qué horrible!: ¡Olga en las garras de esa bestia!

—¿Bestia? ¿A quién te refieres? —preguntó irritado Anton.

—¡¿A quién va a ser?! ¡A Geiermeier! —gruñó el vampiro.

—¡Pero si Geiermeier está en el Balneario del Puente de los Tres Diablos! —repuso Anton—. Y hasta dentro de tres o cuatro semanas no volverá de su tratamiento.

—¿Dentro de tres o cuatro semanas? —repitió el pequeño vampiro mirando perplejo el sobre—. ¿Y la carta? La carta es suya, ¿no?

—Sí, pero la ha enviado por correo.

—¿Por correo? ¿Y por qué?

—¡Bueno, pues porque él está *detrás* de todo esto! ¡Geiermeier es el hombre en la sombra, el que maneja los hilos...! ¡el que ha hecho que el Profesor Piepenschnurz os aceche!

—¿El que mueve los hilos? ¿El hombre en la sombra? —gruñó el pequeño vampiro—. ¿Y qué misión tiene Piepenschnurz?

—Me parece que lo único que quería era estudiaros para luego escribir un libro sobre vosotros.

—¡Pero no lo sabes seguro!

—¿Seguro? ¿El qué?

—Que sólo quería escribir un libro —contestó el pequeño vampiro—. También podría ser un... ¡cazador de vampiros!

Anton dijo que no con la cabeza.

—Eso me parece muy poco probable. Piepenschnurz es un científico inofensivo.

—¡Inofensivo! —sollozó el pequeño vampiro—. ¡Oh, mi pobre Olga! Está en peligro, en un terrible peligro. Si ahora Olga, Tía Dorothee y Hugo le siguen la pista a ese Igno Rante..., y si él no es Igno Rante, sino Piepenschnurz... y Olga no lo sabe, ni Tía Dorothee..., ¡entonces Olga sufrirá un tremendo *shock* como aquella vez en la Cripta Seifenschwein! ¡Oh, tengo que encontrar a Olga para prevenirla!...

Se volvió hacia la ventana.

—¿Y adonde se ha ido volando Olga? —preguntó Anton rápidamente.

—¿Adonde? —repitió con voz abatida el pequeño vampiro—. ¡Ojalá lo supiera! Tía Dorothee cree que Igno Rante se ha puesto tan enfermo que se ha escondido en algún sitio y que ahora necesita ayuda. Y la que necesita ayuda es ella... ¡ella y sobre todo Olga!

Se subió de un salto al poyete de la ventana.

—¡Ojalá pueda encontrarla! —suspiró lanzándose al aire.

—¡Alto, espera! —exclamó Anton corriendo a la ventana.

Vio una sombra que se alejaba rápidamente y luego el pequeño vampiro desapareció del todo.

Anton se dio media vuelta lentamente. Su vista fue a dar con las cosas que había en el suelo: los pantalones del chándal, cuyas perneras las había cortado el pequeño vampiro; los calcetines sucios, que ya tenían por lo menos diez agujeros; la banda de la frente completamente deshilachada...

—¡Todo ha sido *en mano*! —suspiró—. ¡Completamente *en mano*! —añadió.

Anton se metió en la cama y con cansancio de vampiro —¡por lo menos aquella noche!— se acurrucó entre las sábanas.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Juego de palabras: *Bisschen* («poquito»), *Biss* («mordisco»). (N. del T.) <<

[2] Literalmente *Bohnsack* significa «saco de judías» y *Erbsensack* «saco de guisantes». (N. del T.)

<<

[3] Juego de palabras entre *Seife* («jabón») y el apellido de Olga («Seüfenschwein»). (N. del T.) <<

[4] Juego de palabras de la autora. «Piep» y «Schnurz» podrían traducirse literalmente por «pío» y «comino», respectivamente, en las expresiones en castellano «no decir ni “pío”» e «importarle a uno algo un “comino”». (N. de la T.) <<